

Perla Muñoz
Desquicios



Desquicios

Perla Muñoz

2017



Derechos reservados
©Editorial Avispero, 2017
© Perla Muñoz

Portada:

© *La ofrenda de la serpiente* (2012), Daniel Lezama

Óleo sobre lino, 70 x 75 cm

Foto: José Rodríguez

Cortesía: Galería Hilario Galguera

Edición: Alejandro Beteta

Diseño: Carelly Cruz y Daniel Hernández

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra bajo cualquier medio o procedimiento.

Se terminó de imprimir y encuadernar en los talleres de
Docuprint Servicios Digitales de Antequera S.A.de C.V.

Impreso y hecho en Oaxaca

A mis padres,
por su amor incondicional
A mis maestros,
Leonardo da Jandra y Raga García
por su confianza y cariño

¡Qué hueco y lleno de suciedad
es el corazón del hombre!

Buscamos la felicidad y no encontramos
más que miseria y muerte.

Pascal

Niebla

El sol se inclina entre el furor de la luna. El manto rojo cubre los pastizales de oro. El viento no sopla y esa extraña inamovilidad repentina hace cantar a los niños. De pronto los abejorros vuelan entre la hierba. Los niños corren tras ellos y simulan su peculiar sonido; los agarran con las manos y los aplastan con sus deditos. La noche explota y su ceniza se esparce como un pájaro blanco huyendo del abismo. Los niños siguen cantando, aunque no digan nada, aunque ya no suene su voz.

Jacinto es el pobre niño de la pierna chueca y la frente grande que nunca ha visto la noche. Lo duermen desde muy temprano con leche de cabra y queso de puerco. Al niño le gusta la leche con nata, remojar una tostada de trigo con un poco de miel en el té. Es lo único que come. Nunca juega con los demás niños. Él prefiere estar con su hermana, entre la milpa, desgranando uno por uno el maíz. Ella le cuenta sobre la ciudad: un lugar en donde el aire es el estornudo más largo y peligroso de Dios. “Viven encerrados en cajas de gato. Tienen garras y son sarnosos”. “No me muerdas, Gisela”. “Ahora eres un feo gato enfermo. Pobre de ti”. “No. Gisela, no”. “Eres un tonto”. “Gisela, ya no te quiero”. “Nadie te obliga a amarme”. “No te vayas, no me dejes”. “¿Ves como si me quieres?”. “Vamos a casa. Llévame”. “No. Nooo”. Y se

fue a casa, caminando entre las flores silvestres, dejando al niño con la luz del medio día.

Jacinto intentó pararse varias veces, pero fue inútil. Su pierna izquierda era débil y flaca. Sintió un dolor terrible cuando intentó moverla. El sol le pareció una piedra deshaciéndose en cientos de diminutos cristales hiriendo sus ojos, su piel y su cerebro. Se quedó dormido, y el zumbido alarmante de los abejorros lo despertó y le pareció escuchar el murmullo de su nueva compañía: las sombras. Esa presencia extraña lo angustió. Le temblaron los labios cuando intentó llamar a su madre, pero no pudo recordar su nombre. Estuvo así y sus rezos se volvieron mocos espesos saliendo de la nariz. Lloraba. Estaba desesperado. La luna, como dientes desgastados del monstruo jorobado y de ojos dispersos, estaba encima de él vigilándolo. El canto de los grillos y el zumbido de los insectos le provocaron náuseas y escalofríos. Su piel roja y pecosa se infló. Se mantuvo despierto hasta el amanecer.

Los niños lo encontraron en el suelo. Su hermana tenía razón. Ahora era un gato enfermo, un gato espantoso y con sarna. Ella se burló escandalosamente cuando lo vio cruzar la puerta. “¿Te ha gustado tu nuevo amigo? Él sabe guardar muchos secretos. Pero nunca podrás mentirle”. Jacinto la devoró con los ojos. “Vamos Jacinto, hálame, dime qué te ha dicho”. Silencio. “Está bien. Quédate solo como un gato podrido”.

Gisela perseguía mariposas por la tarde y luciérnagas por la noche. Las metía en un frasco transparente y las ahogaba en alcohol. Era el postre para su padre, quien nunca llegó a visitarlos. Gisela siempre lo esperaba en la puerta con todos sus frascos abrazados. Dormía hasta muy tarde.

Desde que Jacinto quedó con la pierna chueca, el cobarde de su padre decidió abandonarlos. Su madre vendía flores en el otro pueblo. A veces no volvía sino hasta tres días después. Caminaba horas seguidas bajo el sol, arras-trando sus pies. Gisela detestaba ese ruido. No lo toleraba. A-rras-trar- a-rras-trar. Abría algunos de sus frascos y masticaba las panzas rellenas de alcohol. Buscaba a los niños abejorro y se quedaba quieta observando el temblor de sus alas transparentes.

El calor del verano es el vaho de un anciano enfermo. Las frutas se infectan de gusanos y la leche de vaca es agria. La saliva de Gisela se vuelve amarilla y le sabe a ajo. “No me gustan tus besos, Gisela”, le dijo un niño abejorro. “Pues púdrete”. Y se iba enfadada contando sus pasitos. Llegó al monte de los dientes negros. Fue una sorpresa encontrar a su hermano ahí desgranando el maíz morado. “¿Quién te ha traído?”. Gisela recogió la canasta de maíz que estaba a un lado de su hermano y se la llevó a casa, aún bastante sorprendida. Puso agua a hervir y vació los granos en el recipiente. Aparecieron las cabezas

de unos gatos sin dientes. Corrió a buscarlo. “Jacinto, tú tienes la culpa. Mamá no volverá. ¿Eso te dijo verdad?”, le gritó cuando él se enterraba en la tierra de dientes morados. “El maíz acabará mordiendo tu corazón. Déjalo y ven a casa”.

Su madre era de complexión pequeña. Sus ojos grisáceos miraban al pájaro blanco atravesar las nubes. Tenía veintitrés. Nunca recordaba el nombre de sus hijos. Tampoco los miraba. Ella era feliz mirando las flores, los cactus, los árboles. Abrazaba a los pochotes que habían en el camino al pueblo vecino. Lamía sus espinas y luego lloraba de felicidad.

Jacinto no paró de desgranar el maíz. Su actividad favorita era contarlos, hacer figuras con ellos y chuparlos. Había cosechado bastante aquella mañana y una angustia le recorrió el cuerpo. Su hermana entró con un niño abejorro. “Jacinto, qué bueno verte sonreír otra vez. ¿Cómo te has sentido? ¿Te pegó el calor muy fuerte, verdad?”, dijo el niño. Rieron los tres. Malhumorado, Jacinto ordenó al niño abejorro: “Ven, niño, siéntate conmigo. Te quiero contar algo”. Él se sentó a su lado inmediatamente. “¡Creo que con tanto maíz comeremos unas gorditas mañana!”, profirió exaltado. “No, ven, aquí, frente a mí”. Y Jacinto le sonrió. El niño se arrodilló frente a él. Jacinto estaba en una silla de madera, carcomida por las polillas. “Qué bueno que estés mejor”. Se lo dijo de buen humor. Y en

ese momento, el pobre niño de la pierna chueca sacó de la oscuridad un martillo y se lo encajó en la boca, lo tumbó al suelo con los ojos abiertos cubriendo la casa de niebla.

La mujer de la sonrisa amarilla

La tarde voló con las alas de las chicharras hacia el color del hospicio. El canto prolongado y zigzagueante atrapó a la mujer de la sonrisa amarilla en un embeleso nostálgico. Su cara oculta bajo una caja de cartón la aparta de la luz de las estrellas. Por las noches, cuando las cosas se des-pintan y se hunden entre las olas del olvido, se escucha el castañear de sus dientes, y, a veces, el ligero temblor de los labios cuando intenta nombrar su pasado. La mujer de la sonrisa amarilla pasa la noche entera en su silla de ruedas sintiendo la hierba fresca desaparecer lentamente. Su cuerpo se empequeñece mientras la reja de carrizos crece deliberadamente a su alrededor. Al amanecer, cuando los rayos del sol envuelven el crepúsculo en ligeras llamas de azulfuego, el olor a caca y a orines se logra esparcir por casi toda la cuadra. “Tilín-tilín, tilín, tilín”, grita la mujer detrás de los carrizos. “Tilín tilín, ¿me escucha alguien?”, dice con la caja de cartón en su cabeza. Ella puede oír los pasos de la gente atravesando la calle. Nadie voltea a verla. Ya nadie la ve. Dentro de su caja de cartón, la mujer mastica cualquier clase de hierba que pueden sus manitas, arrugadas y pecosas, alcanzar a arrancar de la tierra. “¡Por piedad, escúchenme!”, y en seguida aprieta sus dientes y empieza a lamer el cartón hasta ablandarlo y comerlo. Las

chicharras sienten su tristeza y comienzan su canto. Ella quiere reír. El sol se consume como una llama apagada por el agua salada del mar.

“¡Blanquita, Blanquita, mira qué hermosa caja he conseguido para ti! ¡Tan perfecta y de color! Si pudieras verla Blanquita, si pudieras”, dice una mujer de caderas anchas, moviéndolas con furor, mientras le pone su nueva cara. La mujer en su silla de ruedas siente un bello resplandor, como si una vela se acercara a su rostro. En seguida da una carcajada que se va extinguendo poco a poco, mezclándose con la humedad de sus lágrimas. “¡Señor de pies ligeros, por favor, venga aquí conmigo! ¡Venga señor, no se vaya!”.

“¡Apeestas!”, dice una voz. “Hueles a raticida, pero no te preocupes, vendrá la tormenta de agosto y te bañará el cabello y tu blando cuerpo”. “No. Yo no quiero bañarme, no quiero que me quiten mis olvidos. ¡Que se aleje, que se aleje la lluvia!”. Y las gotas de orina fluyeron de entre sus piernas. Quiso detenerse, pero no pudo evitarlo. “¿Señor, por favor, puede meterme a mi casa? Hace tiempo que no entro por esa puerta. No recuerdo quién me ha dejado aquí, frente a esta verja de carrizos”. “No soy señor, vieja loca. Además es imposible atravesar. No puedo ayudarla, señora. Lo siento”. “Sí, sí puedes. Allá abajo, en alguna parte, hay un machete. Con él podrás cortar los palos. Yo te esperaré”.

La voz rezongaba mientras buscaba el machete. Se desprendía un olor a podredumbre completamente insoportable. Al fin lo halló y comenzó a machetear ferozmente la reja. La mujer en su silla de ruedas sonreía con los dientes podridos. Su cara expresaba satisfacción, una alegría amarilla. La voz muy cerca de su cuerpo le dice: “Deme la mano señora”. Pero Blanquita, con la cabeza metida en la caja de cartón, esconde las manos entre su sexo y comienza a defecar. “Lo siento. Es que estoy emocionada. Tu mano para mí es como un corazón palpitante. Nunca antes nadie me había extendido su mano. ¡Es preciosa! ¿Quieres venir aquí adentro? ¡Mi caja es perfecta, y de color!”. “De verdad hueles terrible. No puedo hacer más; mi madre me espera con un plato de frijoles”.

La voz se alejó con sus pasitos veloces. La mujer de la sonrisa amarilla escuchó el ruido de la tierra siendo pisoteada por un cuerpecito joven y ágil. La voz estaba a punto de abandonar aquella olorosa calle cuando, en un asalto, de manera instintiva, se echó a correr de regreso hacia la viejita de cabeza de cartón. Se preguntó si dentro de la caja había un rostro como el suyo, como el de su madre. Quiso mirarla de cerca. Tomó el machete y con más fuerza cortó otra vez los carrizos que crecían incesantemente hacia la bóveda celeste. Llegó a ella y la tomó por sorpresa. Le quitó su caja, de regular simetría y de color dorado. Sus ojos blancos y nariz chata estaban ahí. Los dientes apre-

tados, amarillos, comenzaron a caerse. La voz gritó tan terroríficamente que despertó el canto de las chicharras. Las alas de los insectos revolotearon en la calle y llegaron hasta ellas, cubriéndolas de polvo. El cielo nocturno pasó como un aleteó. Nadie lo percibió.

Al amanecer, las calles volvieron a su color natural; los hombres caminaron sin rumbo y las mujeres parían pájaros sin pico, con las alas grises y los ojos rotos. Ahí están las dos mujeres calvas, viejas, cubriendo su rostro con una caja de cartón.

Lourdes

Lourdes, recostada en las piedras del cerro, observa con atención cómo el ojo encendido de la víbora se apaga lentamente sobre ella, hundiendo su pupila entre las montañas. Sus escamas blancas se quedan flotando en el cielo. Los rayos primaverales: colmillos inyectando su veneno mortal a los campos. No hay agua. La enfermedad amarilla lo cubre todo: los árboles, las piedras, la cosecha y al hombre. Lourdes se levanta, comienza a quitarse la ropa y camina en contra del viento. Hace calor. Las piedras se clavan entre sus dedos. Se dirige al sendero de los tunillos. Su cabello negro se enraíza con los murmullos del aire. Camina despacio y sonríe. Con los ojos cerrados abraza a uno de los tunillos y se clava en él con desesperación. De su cuerpo seco brota la sangre. El cielo ha oscurecido y ella se deja caer. Las montañas se cubren de sombras.

Lourdes tiene un hermano con la cabeza más grande que el cuerpo, ojos pequeños y cejas abultadas. Lalito tiene seis años, pero aún lo amamanta su madre. Vomita a diario y casi no come nada; le dan bolitas de masa cruda. A veces, cuando las mujeres van al campo a sembrar ejote, corre a lamer la carne oreada del toro que dejan en el tendedero. Cuenta los carrizos de la valla que lo separan de la tierra enferma, y se queda oliendo la acidez del aire.

Todos los hombres huyen hacia el corazón del sol. Buscan a su coyote y se van con él aullando a la muerte. No saben si será una larga letanía o un abrupto parpadeo de Dios. Sus palabras se pierden en el inmenso desierto, sus pensamientos se incendian, los instintos salvajes depredan su alma y acaban con su memoria. Los coyotes olfatean el peligro y huyen despavoridos ante el inminente peligro. Algunas veces, las garras del hombre son más fuertes: desgarran su pelaje y chupan sus tripas e intestinos. No todos los hombres sufren la metamorfosis. Llegan al otro lado, ciegos, sordos; pero su alma permanece con ellos.

“Pedro se fue ayer con el animal ese. Vino a despedirse de ti, pero tú sólo sabes hacer chingaderas. Ni la bendición le diste. Ni lo esperes, se morirá cruzando el río o simplemente se lo comerá otro coyote”. “Mi padre jamás llegó. Se volvió loco cuando recordaba tus besos, tu olor a sangre. Once años llevas esperándolo. Se te ha podrido la boca por rezar en vano”. “Lalito, hijo, ven, te voy a dar tu chichi rica”. “Madre, ¿es verdad que moriremos de hambre?”. “Morirás de amor, no de hambre”.

Partió a la mitad el corazón hervido del toro; su cara fea y deshecha por el sol expresaba su pesar. Comieron en silencio y su madre rezó por los hombres perdidos. Después del ocaso bebían la sangre del toro: agua bendita de los desvalidos. “Lourdes tiene pelos de coyote cerca de su vientre. Nos comerá como se ha comido a los hombres del

desierto”, dijo Lalito a su madre cuando le estaba dando sus bolitas de masa cruda. “No quiero, ya no me gustan”. Con su cabeza hidrocefálica, Lalito se fue tras Lourdes, ésta cruzaba desnuda la valla de carrizos y el camino de piedra. “Lourdes, Lourdes, no me comas; Lourdes, no comas más hombres”. Pero ella caminaba de prisa; ya no miraba hacia atrás. Busca a los perros, aúlla y corre al prado de los organales. Se esconde de los rayos del sol, cuya luz penetra en su sangre. Huevecillos de cochinillas flotan dentro de su cuerpo buscando alimentarse de su corazón. Ella está segura de eso, lo cree. ¿Por qué siente ganas de correr y desgajarse la piel? En el lado izquierdo escucha crujir su órgano deforme. “¿Acaso todavía sigue latiendo?”. Ya en la sombra intenta limpiar con lágrimas su tristeza.

Las vacas comenzaron de pronto a mugir. Lalito se encontraba durmiendo en el petate. Las gotas del cielo cayeron, primero con lentitud y después se precipitaron sobre la tierra, perforando las piedras amarillas, doblando las hojas de color del sol, despertando a las mujeres de piel pecaosa, humedeciendo los adobes y cayendo sobre el rostro de Lourdes. Está ahí, desnuda, con los pies hundidos en el lodo. Camina temblando de frío, de nervios, de algo que no sabe cómo llamar. “¿Así se sentía el paraíso?”. Piensa en Pedro, en su asqueroso lunar izquierdo, en su piel de frijol. Lo imagina cerca de su cuerpo; besa sus dedos, sus manos. Quiere ir a buscarlo, perderse en su encuentro.

Cuando volvió a casa, Lalo estaba aplastando tijerillas que salían de la tierra húmeda. En el corredor hay un hombre que abraza a su madre por la cintura. “Lourdes, mira quién volvió. ¡Tu padre finalmente regresó! ¡Te lo dije, muchacha, te lo dije!”. Pero Lourdes dio tres pasos hacia atrás. Lo miró fijamente al rostro; en sus ojos no había nada: huecos como un huevo podrido. “Ven hija, te quiere decir algo. Anda, ven”. Ella no se mueve. Siente latir su corazón deforme y de pronto aúlla. “Cállate perra, cállate”, grita embravecido el desconocido. Lourdes intenta morderlo, y sin saber cómo, sus dientes se clavan en el cuello del hombre que, como humo va desapareciendo lentamente hacia la noche.

Como una ola de peces muertos

Vivo en casa de mi madre. A ella le gustan las plantas y a mí también. Nos gusta mirarlas, olerlas. Si ellas tuvieran ojos..., por eso las miro. Un día sólo amanecen marchitas, muertas. Sigo mirándolas. El tiempo pasa. El tiempo. Nos calla con sus dedos negros. El sol arrastra sombras como el mar arrastra ahogados a la orilla. Mi madre es una sombra de mar.

El viento sabe nombrar al silencio. Cuando lo llama, los árboles comienzan a temblar. Durante la noche mi madre sale a recoger algodones, y yo la veo desde mi ventana. Al verla ahí, estirando sus esqueléticos brazos, siento el deseo de salir y temo no poder encontrarla, confundirla con el árbol de ramas secas y el algodón inservible. Pero no he dejado de mirarla. Dormimos juntas, con la imagen del hombre que abrió el mar y cruzó en él.

Ella pregunta. Yo le canto una canción. Acaricio su cabello y nos dejamos bañar por la brisa estelar. Puntitos blancos, como huellas de ciempiés, se ven a lo lejos. Flotan entre los árboles. Se alejan y regresan. La luna roja, dilatada, lanza cenizas. Mi madre a veces parece un helecho esponjado. Extiende sus piernas y se las descubre para mirarlas y tocarlas. Se unta aceite de tortuga sobre su panza y se talla con una piedra. Mi lengua pasa por su cuerpo.

Dice que eso reforzará mis pulmones, que nunca enfermaré de nada. Vomito sobre sus senos. Ella sonrío. Besa mi frente y me manda a soñar.

A veces tengo la impresión de que si la tristeza tuviera un color, sería como una luz intermitente. Un día mi padre me llevó a volar papalotes. Cuando flotaban en lo más alto del cielo, sus sombras olían mi cara. El aire, como una navaja, cortaba las nubes. Mi padre murió. Dicen que el calor lo enfermó. Le explotaron ámpulas en todo el cuerpo. Nunca quiso a nadie. Él nunca me quiso. Sólo se divertía metiéndome su mano. Aún recuerdo esa sonrisa, esos labios de mezcal. Los zanates picotearon su corazón, lo desgarraron. Su voz se apagó y sus ojos, dos órbitas quebradas, se cubrieron de noche. Lo enterramos debajo de esta tierra roja, de algodón inservible. Nunca hemos llorado su ausencia. Nunca lo hemos extrañado.

Mi madre tiene guardados los dedos de mi padre y los chupa por la noche. Creo que se los come lentamente. También se muerde sus propios dedos: el índice y el meñique. Nunca la he visto llorar. Arrancarse el dedo con los dientes debe ser muy doloroso. Yo gritaría, lloraría mucho.

Recojo las florecitas de flor de mayo que están en el suelo. Se las doy a mi mamá, pero ella las avienta y dice que no me acerque. Estoy junto a ella, la huelo. Mi madre tiene un aliento fétido. A veces creo que es una ola de peces muertos, de hombres ahogados. Su pestilencia crea un

revoltijo en mi estómago y salgo a devolver sus besos. Miro hacia el cielo, y la luna, de pronto, cambia de forma. ¿Será el ojo tuerto de Dios? Mi madre se tumba en el suelo y chupa sus dedos, desmembrándolos lentamente.

Gorgojos

Él ya ha muerto y el ladrido del perro aún se escucha. De lejos se vislumbra al gran toro blanco que se le acercó en ésta, su última mañana. Todo se reduce a un quejido colectivo. La tarde pareciera encanecerse con la brisa de hielo. Se toma café en actos puritanos. Al toro lo irán a buscar mañana por la tarde. Si tenemos suerte, comeremos carne esta semana. Posiblemente no lo encuentren. Jamás hemos comido toro. Menos de aquél color. La neblina se asienta violentamente como su muerte, como si también la naturaleza se quejara. Pensé que el color blanco representaba una muerte cálida. Sin embargo, esto muestra su contrario. En el color blanco caben todas las muertes.

Las plegarias son en silencio. En la caída lastimosa de la hojarasca se advierte el sentido del tiempo. Se sigue rezando de manera sigilosa. El agua con la que bañan el cuerpo servirá de carnada para la caza del toro. Imploro para que vayan y lleguen muy lejos. ¿Será como la carne de gallina? La vereda que se sigue hasta mi casa es como el aullido viejo del coyote. Así voy pensando en una noche de primavera, con muchas estrellas ahogándose en olor a copal; como en esa incesante imagen de mis sueños. Intento en algún momento correr pero es imposible, caigo

pronto en un estado de desasosiego. Cierro los ojos. Intento volver con las estrellas, al aroma de primavera, pero es inútil. No puedo renunciar a estas ganas de quedarme aquí, en medio de la oscuridad, mordiendo mis dedos, chupando piedras o cualquier insecto. Si el sol no saliera, el estado de confusión sería permanente.

Estoy en la cama enferma, escuchando el temblor de una caja musical repitiendo la misma canción. Tengo la sensación de tener en una mano los latidos de mi corazón rasgándolo con la otra. Grito frenético. Toco mi piel y siento aguates. Me huelo y hallo polvo cometario. Afuera las mujeres alzan los dedos para ver si el agua llega y explora las grietas que hay en sus ojos. Y las hormigas que forman mi cuerpo se van y dejan esto que soy yo: mi alma en una ruina sin nombre. Y lo innumerable no existe. No soy tocada y no toco. En la invisibilidad sólo palabras, ecos que derrumban todo.

Hoy comeremos gorgojos asados alrededor del toro blanco. Me vendarán los ojos y diré mi nombre tres veces. María, María, María. En la habitación de los musgos aspiraremos el copal y vigilaran a la noche. Las mujeres sin dientes me han cargado y traído al patio. En el suelo hay niños jugando canicas, están sonriendo. Algo que no es de ellos sonrío, algo que no es mío me rasguña. Le pregunto al niño que me da la espalda a dónde va la gente. Me señala con su dedo: “Al cerro. Ahí donde el toro va a morir.

Lo fueron a cazar con la sangre de tu padre. Eso lo sabes, eso me dijeron que te informara. Los niños no decimos mentiras. Eso también lo sabes”. Cuando voltea a mirarme, puedo ver en sus ojos al toro volviéndose pequeño, caminando con sus cuernos enredados en el aire, llegando a mi cama. Zarandeo al niño con mis escasas fuerzas. Él suelta un llanto endemoniado y entonces llega la noche. “Cuando la nostalgia llega, siempre tiembla”.

Mi padre nunca soportó cómo lo miré, yo tampoco sabía porque lo miraba así. “Tus ojos parecen dos gorgojos enormes engullendo lo único que te pertenece”, decía mi padre con voz débil. “Tu alma crece en el frijol negro de la noche. Dormirás amarrada en la habitación de musgos”, hablaban las mujeres sin dientes. Y llegó el día en que apareció el toro blanco para sanar a mi alma y a los males de la tierra. Cuando siento un profundo temor, la noche, de pronto, se vuelve más espesa; el aire se desliza sobre la hierba mojada. Son mis dedos buscando guarecerse en la humedad, enterrarse vivos. Ellos, allá afuera, vienen por mí. Han traído al toro. Es más blanco que mi olvido. Me acerco poco a poco. Mi lengua crece y se enreda en sus cuernos. Quiero lamerlo. Pero entonces el toro abre sus ojos y no puedo moverme. Quiero gritar; me asfixia su mirada. Mis dedos salen de la hierba y le entierro mis uñas en sus despreciables ojos. Su sangre se derrama sobre la tierra. Yo soy la tiniebla que abraza y degüella. Dios ya no

está. Mis párpados logran abrirse cuando ya todo es oscuridad. Nadie puede verme sonreír.

Los dientes

Isabela sale de noche con el vestido azul. Camina descalza hasta el río y se arrastra. Bebe un poco de agua. Tararea una canción y se recuesta en la hierba. Las horas transcurren, pero ella no vuelve sino hasta el amanecer. Nadie pregunta a dónde va y ni qué es lo que hace. En cuanto la ven llegar, Jazmina y Mateo la jalan del brazo bruscamente y la encierran en un cuarto. Ella permanece inmóvil, con las manos metidas cubriendo su sexo. Preparan cubetas de agua fría para bañarla. Isabela permanece en silencio.

En tiempos de lluvia, la tierra de Achiutla se vuelve gris; los amorfos granizos rebotan entre ellos y se funden en la masa oscura. La niebla cubre con sus manos blancas cada uno de los senderos del pueblo. El frío corta la respiración. Al día siguiente, el viento mueve las ramas de los sabinos y las hojas aciculares de los enebros que abundan en la plaza central del pueblo. Ahí, nuevamente, a las siete de la mañana las vendedoras de ocote y quesos cubren sus caras con un pañuelo rojo, mientras beben un vaso de café. Isabela es quien lo reparte con una sonrisa amable y a la vez cortante, pues no desea despertar la curiosidad de nadie. Evita a toda costa cualquier tipo de pregunta. Una vez que todas las vendedoras tienen su café servido, Isabela toma su rebozo y se va.

Mateo la espera bajo el resguardo de las ramas de un árbol de tejocotes. Tiene hombros anchos, poco pelo y dientes podridos. Isabela lo observa desde lejos. Ella trata de alzarse la falda larga para caminar más deprisa. “Buenos días, Mateo”. Lo dice con los ojos muy abiertos. Le muerde uno de sus cachetes. Él agacha su mirada. Le gusta hacerlo sentir pequeño. Acaricia su frente con la yema de los dedos. Caminan. En silencio entran a la cocina. Isabela le sonríe y sirve café para los dos. Él la toma por la cintura y trata de besarla. Ella se le acerca y huele su aliento: le recuerda a su madre, podrida de dolor.

Jazmina no sabe leer. Es su madre postiza. Ella cuidó de Isabela desde que llegó a su casa un día de mucho calor. Estaba desnuda y muerta de hambre; el viento soplaba hacia su cara cuando se dejó caer al suelo. Había alrededor varios aguacates mordidos que algunas ratas intentaron devorar. Desesperada y hambrienta, Isabela tomó algunos y de inmediato se los llevó a la boca. Jazmina sabía que en el pueblo había una niña huérfana. “Inocente criatura. Vamos, vamos, allá adentro te daré un plato de arroz con queso”, dijo al verla engullir los aguacates impacientemente.

Isabela siempre tiene la misma pesadilla. Su madre llora, mientras su padre intenta tocarla; la jala de los cabellos y la obliga a sonreír. Despierta desconcertada. Lo ha intentado varias veces. No logra recordar el nombre de

su madre, ni el de su padre. Abraza a Jazmina y le da muchos besos. “¡Nunca te vayas!”, susurra.

No ha dejado de morderse las uñas. Parece nerviosa. Se ha cortado el cabello con el filo del machete y ha obligado a Mateo a tragárselos. A veces no sabe nombrar eso que siente y sólo está ahí, contemplando la sonrisa horrible de ese hombre. Mateo nunca ha hecho nada que Isabela no quiera. Tal vez, en el fondo, Isabela desea que la golpee y le arranque la piel, pero las manos de Mateo se resbalan con suavidad sobre su tobillo y los dedos de sus pies. Las cucarachas y algunos otros insectos flotan en el aire. Se detienen en las paredes de cal y luego Isabela los aplasta y se los lleva a la boca. Las patitas se mueven todavía y eso le fascina. “Bésame, Mateo”, le dice. Ella ríe y camina hacia la puerta.

“Ayúdame a airear las semillas de calabaza, Isabela. Y aléjate de Mateo de una vez por todas. Deja de hacerte la inútil y ayúdame aquí”, le dice Jazmina al verla sonreír.

A Isabela le gusta divertirse con Mateo. Por las tardes lo lleva al campo para cortar las frutas de los árboles. Ninguno de los dos se atreve a decir algo, si acaso palabras sueltas como “maravilloso”, “malogrado”, “increíble”. A veces regresan a casa con un saco de duraznos todavía verdes y dos que tres manzanitas criollas mordisqueadas. Pero esa tarde Isabela no quiso ir; Mateo frunció el ceño. “Ya sé, vayamos al gallinero a abrazarnos y comernos esos

insectos que no tienen nombre”, le dijo, tomándola de las manos.

Por la madrugada, la mujer salió de su cuarto y entró al dormitorio de ese hombre. Despertó a Mateo con un mordisco en el brazo. La escuchó. Él se levantó de inmediato y se talló los ojos. Salieron juntos a caminar al río.

“Mateo, ¡yo no estoy loca! Sabes que te quiero, ¿verdad? ¿Te gusta verme sonreír?”. Bostezó varias veces, le dijo palabras sueltas que a Isabela le importaban poco o más bien nada. Ella sacó el arma puntiaguda. Había pasado afilando el machete las noches anteriores. Lo hundió en la tierra húmeda. Ella se quitó la ropa que traía puesta y la arrojó al agua. Las manos de Mateo comenzaron a tocarla: primero sus piernas, sus pezones de rata; emocionado, con la punta de su lengua subió a su cuello, y luego quiso morderle el vientre, sus vellos púbicos. Isabela tomó distancia, acto seguido agarró enfurecida el machete y se arrojó sobre él. “Tres, cuatro, cinco”. Silencio. No supo en qué momento Mateo se convirtió en un bulto de sangre escurriéndose. El cuerpo le temblaba, pero siguió hundiendo el machete. “Ocho, nueve, once”. Lloraba porque sentía un placer infinito y no podía parar. Buscó la sonrisa de Mateo, quien resistió con los ojos abiertos. Abrió su boca. Le quitó uno por uno los dientes rancios y se los llevó a la boca, luego los chupó. Isabela lo recordó todo en ese momento: su padre, cuando estaba borracho, con

un martillo en la mano obligaba a su madre a sonreír. Esa boca hinchada y ensangrentada, sin ningún diente. Isabela ya no lloró. Se fue recordando la última canción que tarareó con su madre esa noche de verano.

El niño de los ojos cráter

Esa mañana Tadeo despertó sin recordar lo que había sucedido tiempo atrás. Sus ojos, como dos cristales luminiscentes, se abrieron de golpe y de inmediato atraieron a las moscas pegadas en el techo. Con debilidad intentó ahuyentarlas. Fue en vano, las patitas de esos repugnantes insectos caminaron sobre su rostro. Salió de la habitación buscando a su madre. La buscó por toda la casa. No había nadie. La casa estaba vacía.

Tadeo tenía hambre. El zumbido de las moscas y el de su estómago se mezclaban. Algunas moscas eran verdes, otras de color anaranjado. Tadeo sentía cómo la piel se le oscurecía y se le enchinaba cuando los despreciables insectos se inmovilizaban y se adherían a su piel. Quería llorar, pero sus lágrimas eran el manjar favorito de sus visitadoras. Enojado, salió de la casa y se lanzó entre la hierba fresca. Empezó a aplastarlas y a llevárselas a la boca. Su sabor le trajo un recuerdo: la leche agria del pezón de la abuela. Ella vivía afuera del pueblo, en un albergue hecho de adobe y con jardines de magnolias. Tadeo tenía hambre. Primero engulliría otras más, luego se encaminaría a buscar a su abuela.

Tocó una campana y como no salió nadie, decidió saltar la verja. “Abuela, abuela, ya estoy aquí”, gritó desde el

jardín. Tadeo intentó abrir la puerta, pero estaba asegurada. “Abuela, soy yo, ábreme. Tengo hambre y sed. He caminado por horas. Mi madre no está. ¿Tú sabes a dónde se ha ido?”, dijo Tadeo con su voz chillona. “¡Abuela, ábreme, por favor!”, insistió una vez más sin tener mucho éxito. Se sentó un rato y antes de volver a tocar la puerta, vio que las magnolias eran sólo dibujos de cartón varados en la tierra. El sol comenzaba a esconderse. Quiso explorar el patio de atrás y se encontró con un estanque lleno de peces rojos. A él le fascinaban los peces, como a su madre, como a su abuela. Podría comerlos crudos, aplastarles la cabeza y succionarles los ojos. Lo hacía como un gesto de amor.

“¿Pero quién es este niño de ojos tan feos? ¡Parecen dos cráteres de luna en su cara!”, dijo una de las ancianas del albergue. “Son como los de su madre”, dijo otra viejita maloliente. “Siempre se parecen a la madre”.

Tadeo, tapándose los ojos con las manos, preguntó por su abuela. Le dijeron que se encontraba dentro del estanque. “¡Eso no es cierto!”, dijo Tadeo enfadándose. “He mirado dentro de él y sólo he visto peces rojos”.

Sin darse cuenta, sus ojos blancos se fueron convirtiendo en bolas incandescentes, como dos meteoritos cruzando la inmensidad del universo. Las ancianitas que en un principio reían, se volvieron atraídas hacia él con una fuerza imperante; se descubrían los pezones flácidos y secos. Algunas viejitas malolientes lo seguían semidesnudas;

otras intentaban arrancarse los pezones. Tadeo sentía cómo sus lágrimas resbalaban como lava volcánica sobre sus cachetes. Desesperado, mordió uno de los pezones, succionándolo y desgajándolo con los dientes. Lo arrancó y lo tiró al estanque. Los peces rojos lo devoraron. Sonrió, abrió su boca y comenzó a morderlo todo. Las ancianitas no hablaban; serias, con los ojos cerrados, caminaban hacia él.

Detrás de las magnolias de cartón se escuchaba un llanto. Tadeo se encaminó a buscar la causa de aquellas lágrimas. Reparó, hasta entonces, que era su abuela escondida. Se acercó a su silla de ruedas; le temblaban las piernas. “¡Aléjate de mí! Yo sólo quiero estar sola. ¡No lo comprendes!”, dijo la mujer de cabellera larga. “¡Mírame, abuela! ¡Te quiero!”. Y los dos se observaron fijamente. Ella vio un atardecer lluvioso. Él buscó su corazón. “¡Déjame sola! Yo no quiero querer a nadie. ¡No me quieras! ¡Vete!”. “¡Abuela! ¡Abuela!”, le gritó en la cara, llenándola de saliva. Pateó las flores de cartón y se las aventó. “¡No es tan difícil!”, dijo. Tadeo volvió hacia ella y empezó a cortar el cabello con sus dientes. La dejó casi pelona. El cabello carcomido lo guardó en las bolsas de su pantalón corto. Su abuela no dijo nada. Esperaba la tormenta. La llevó al estanque de los peces rojos. Ella sintió miedo. No pudo escuchar lo último que le dijo antes de arrojarla al estanque. “Se hincharán de tu sangre. Tus ojos siempre me parecieron tan hermosos. ¡Te quiero, abuela!”.

El cuerpo se sumergió. Las gotas de lluvia comenzaron a caer. Tadeo se metió a la casa de adobe con el cabello de su abuela guardado en las bolsas de su pantalón. No supo qué hacer y se echó a llorar. Lloraba como un niño. Extrañaba a su madre. Extrañaba a su abuela. ¿Dónde estaban ahora? Otra vez lo había olvidado.

En medio de las sombras, del polvo y del aburrimiento, Tadeo se empezó a rasguñar los ojos con sus uñas largas y filosas. Sus pupilas apagadas, ahora, atrajeron a las luciérnagas del campo verde, del jardín de magnolias de cartón.

Mariposas

La abuela dejó de comer la noche anterior a la tormenta. Nunca antes había llovido así: el viento iracundo gritándonos, escupiéndonos saliva descompuesta. La abuela, al amanecer, despertó junto a mí con los ojos zumbándome al oído. Su respiración era un estertor, como si en esa exhalación todas las palabras escondidas en el universo fueran desolladas como gallinas. Ella me veía y yo apenas escuchaba a las moscas entrar. Con las palmas de mis manos la acaricé muy suavemente; el rostro le temblaba. Quise abrazarla y quedarme a su lado, pero comenzó a soltar quejidos desagradables que me hicieron levantarme de la cama un poco asustada. Ella me lanzó una sonrisa que al parecer era más un arrebato de dolor; sus carcajadas enterraban un nombre. Yo corrí a buscar al abuelo.

El cielo graznaba: parecía el pico abierto de un pájaro enfermo. Las nubes eran como el plumaje negro embravecido. En la tierra los pájaros de colores bebían agua en la cazuelita que se encontraba al pie de un árbol. Ahí estaba mi abuelo junto a un hombre con sombrero de palma. Levantaban leña para llevarla al fogón de la cocina. Los ayudé a cargar algunas ramas pequeñas, mismas con las que asusté a los pajarillos de colores. Mi abuelo y el señor “Otro” me dejaron atrás.

Me detuve en el umbral de la puerta. Al fondo se veía sólo una silueta enderezando los troncos secos y metiendo otros más. Los dos estaban junto al fuego escuchando las cenizas removerse. Mi abuelo puso agua a calentar. Mantenían la mirada agachada y no salía ninguna palabra de sus bocas. Hizo café. El señor con el sombrero de palma rugía de vez en cuando, hundiendo su frente hacia el centro de su cara. Me llevé una silla al corredor y esperé sentada a que el cielo desprendiera su furia. Las gotas fueron cayendo con el ritmo de un corazón acelerado. Ninguno de los dos hombres decía nada. Me limitaba a pequeñas risitas, pues debajo de aquel árbol, los pajarillos habían callado y, en lugar de su canto, apareció el revoloteo de unos insectos. Tomé algunas piedras que estaban cerca y se las aventé, incluso también el sombrero del señor "Otro". Pero éstas sólo rebotaban en la tierra no muy lejos. Mi abuelo y su compañía estaban sentados detrás de mí, contemplando el crujido de la lluvia. Corrí hacia la habitación de mi abuela, a la que no vi. En cuanto entré, pude ver en medio de la pared a Jesucristo horrorizado. Una mariposa negra revoloteaba muy cerca de la cama. Me acerqué y me quedé quieta un instante. La lluvia iba en aumento. Nadie se imaginó una lluvia así. No de esas. Las moscas detuvieron su vuelo, aunque el zumbido seguía escuchándose. Mi piel se estremeció. El viento se llevaba el polvo rojo y yo también sentí deseos de salir. Sabía que la abuela estaba

debajo de la cama y esperé a que me llamara, pero el tiempo pasó y las raíces de la tarde comenzaron a desprender un olor a lodo.

Los dos hombres escarbaban y removían la tierra con las manos. Debajo de los algodones, secos y marchitos, las líneas de sus rostros se volvían invisibles. No había nada alrededor. Una silla mecedora había quedado semienterrada del otro lado del patio. Más allá, rugía el vacío.

Hace años, después de la muerte de mi madre, el abuelo dejó que los animales murieran de hambre. Se encerró en su habitación, y no salió de ahí hasta cinco días después con el machete en la mano. Se sentó y siguió mirando los días. En las tardes la abuela y yo nos distraíamos escondiéndonos en los campos de trigo. Atrapábamos chicanas, a veces las aplastábamos; otras, las guarecíamos en un jarrito de barro. Nos encantaba comer salsa de chicatana, saborear su color y amargura. Nadie podía preparar un adobo tan exquisito como mi abuela. Ella tenía su ingrediente principal: cuando la tarde regresaba y el canto de las aves se consumía en el grito desahuciado del tiempo, ella lloraba sobre la salsa. Removía la mezcla y la vaciaba en una botella de vidrio; luego la escondía en la alacena.

La abuela salió de su escondite y caminó directo hacia los dos rostros de expresión deformada. La luz poco a poco se apagaba. Se sentó junto a ellos y comenzó a llorar. El

abuelo la abrazó y le dijo que pronto acabaría todo eso. El señor con sombrero de palma me llamó y me dio indicaciones precisas. Me dijo que no preguntara nada y que me acomodara dentro del hoyo que habían escarbado para mí; primero introduje el pie izquierdo y luego el derecho. En cuanto mis piernas se quedaron firmes, los tres empezaron a cubrirme de tierra. La abuela siempre me llamó con el nombre de mi madre. Su voz era dulce, pero sus gestos eran de una atrocidad inmensa. Miré a mi abuelo y le supliqué ayuda, pero él sólo tomó una cuerda y me sujetó las manos. Mis pies estaban enterrados como las raíces de un árbol; ya no podía moverme. La tierra me llegaba a la cintura. La abuela me cepilló el cabello, lo amarró y rezó para mí. Sentí el beso húmedo y tierno de mi abuelo. No sabía lo que pasaba, aunque tampoco importaba mucho. El hombre “Otro” abrió mi boca con sus manos grandes y sucias. Me hizo comer mariposas negras que llevaba en una bolsa de manta. Brotaron mis lágrimas como una segunda lluvia. Mi abuelo, con los ojos hacia el cielo, me preguntó: “¿Te acuerdas de los ojos de tu madre?”. Eran exactamente como los de una mariposa negra. Mi abuelo rezaba. La abuela sacó el zapapico y me miró con rencor. Cerré mis ojos y volé.

Los ojos negros

¿Cuándo cerraré los ojos por primera vez?, se preguntó aquella noche, recostada en la cama, envuelta en sábanas de franela. Su habitación se encontraba al fondo del corredor, frente al pequeño árbol de níspero que creció en un diminuto hueco de tierra. Era primavera. La puerta era color gris. Rechinaba cada vez que se abría y cerraba. Victoria nunca encendía las velas; dejaba que la oscuridad de la noche desvaneciera sus recuerdos, sus miedos; en la penumbra se escuchaba la palabra “perdón” muchas veces. La lluvia era intensa en los últimos días; peor aún en la noche. Había toda clase de insectos revoloteando en su cuarto; algunas cucarachas caminaban cerca de su carne. Su cuerpo se estremecía; hundía sus párpados con la misma intensidad con la que imploraba piedad. El ramillete de flores *huele de noche* estaba en una mesa en una de las esquinas del cuarto. Casi no había nada, excepto ese florero de barro negro que, olvidado hace tiempo, guardaba agua de lluvia mezclada con las lágrimas agrias de su hermana, con el fin de recordarle que cada una de ellas está ahí exactamente para sufrir.

Victoria tiene siete años; conserva la mirada encendida y una sonrisa dulce que le forma hoyuelos en las mejillas. De vez en cuando se miraba en el reflejo de un charco al

que acababa pisoteando y gritándole. Se arrodillaba y olía el agua estancada. Sus manos tímidamente se pegaban a su cuerpo enclenque, escurriéndose entre sus pezones, vientre, piernas, y, cuando llegaban al clítoris, se quitaba su calzón para orinar. Nunca se agachaba para expulsar su orina o caca. Le gustaba respirar el olor de su podredumbre interior; después, con una provocadora risita, se iba a casa cantando una canción.

Victoria soñaba colores; primero fue el negro. Escuchaba el aullido de unos perros que, al parecer, alguien había colgado en la puerta de su casa. Rezaban al sufrimiento. Ella no podía ver ningún rostro, pero oía perfectamente el cuchicheo de la gente.

Al despertar, el pequeño filtro de luz que Victoria hizo a la puerta, dejaba pasar pequeñas centellas de fulgor matutino. La claridad con la que podía ver sus manos mordidas y rasguñadas hizo que pegara un grito y saliera corriendo hacia la habitación de su madre. Ésta era una señora gorda con los pies hinchados. Olía a cilantro y a tepiche; su piel era como el lodo de las calles. Tenía deseos de lamerle las manos, pero siempre los ocultaba agachando la cabeza y diciéndole “sí” a todo. Su madre la esperaba todas las mañanas para darle de beber agua caliente y masticar cascarón de huevo. Su estómago se revolvía y comenzaba a toser y escurrir saliva. Se quedaba sentada en la cama viendo los cabellos ondulados de su madre, que caían so-

bre sus hombros desproporcionados y pecosos. Victoria casi no hablaba con nadie. Su madre la contemplaba como si mirara un bulto de desperdicio orgánico.

Después fue el bermellón, pasando luego por el sol decrepito, hasta llegar al color de la ausencia. Victoria no lograba nunca ver en sus sueños personas, ni animales, nada parecido a la realidad. Sólo escuchaba ruidos intermitentes; entre ellos el llanto de un niño y la risa incesante de un viejo. Siempre despertaba con el caótico ruido de su corazón punzando en su interior, con su cabello enredado entre los dedos y sus dientes chuecos mordiendo la almohada. Victoria al llegar a la habitación de su madre notaba cómo sus pechos se endurecían y sus caderas se ensanchaban. Se dejó de lavar los dientes y comía cebollas con limón. Ella y su madre salían a vender rollitos de canela. A veces robaba canastos con gardenias en el mercado y los vendían los domingos al atardecer. Luego Victoria prefería ir a casa y derrumbarse entre el cemento mojado y la arena viscosa. Los fines de semana, su hermana Cleotilde, con una tierna sonrisa, buscaba con quien divertirse. Le gustaba beber un refresco rojo que obtenía al alzarse la faldita raída y sonreír coquetamente a los albañiles que trabajaban cerca de su casa. Regresaba con los pómulos encendidos y los labios mordisqueados. Daba tragos enormes sin olvidarse de dejar un poco de refresco en su boca para escupirlo a la cara de su hermana. ¡Cómo le encantaba!

“¿Me acompañas al baño? No hay papel y necesito que alguien limpie mi culito chulo”.

Victoria tenía labios carnosos y su cabello corto, ondulado, la hacía parecer un niño trompudo. Al lado de sus hermanas mayores, gordas y sin gracia alguna, Victoria era una niña bonita, pero su hediondez alejaba a cualquiera. Después de acompañar a Cleotilde, ella no pudo deshacerse de aquel olor repugnante. Como lombriz con sal, se revolcó entre los charcos de agua y volcó sobre su carne todo tipo de fluidos personales. Ella sentía que su piel no era su piel. Gemía, pateaba y lloraba, y no encontraba consuelo. Aullaba como perro y pedía perdón. Quería cerrar los ojos, pero aun cuando estaban cerrados, podía ver todo con la misma claridad con la que ella observaba las cosas durante la mañana. Entonces, pensó en esperar a que el cielo oscureciera y el viento apagara todas las velas para poder cerrar los ojos por primera vez, y dejar que el silencio envolviera su aliento. Mientras esperó al ojo negro de Dios, Victoria sólo deseó no tener aquellas manos empujadas de sangre.

La muñeca más fea

Fue un día de marzo cuando el sol amaneció estrangulado y las nubes se desvanecieron en la inmensidad. Como era costumbre, bañábamos a la abuela en el patio después de un día de lluvia. Tranquilamente, mi papá la sentó en un banco de madera y le indicó que se quedara quieta. Mi abuela obedeció, desnuda, temblando de frío. En su cara descompuesta se dibujaba algo que parecía una sonrisa. Mi padre no quería tocarla y retrocedió en varias ocasiones, maldiciéndola y pateando las cubetas de agua. Sí, es cierto, a veces no la soportábamos. La cabeza de mi abuela parecía una papa sacada de la tierra. No le agradaban los baños y hacía de todo para evitarlos: abría y cerraba los ojos al mismo tiempo que suspiraba entrecortadamente y extendía los brazos tratando de detener el chorro de agua fría que mi padre dejaba caer sobre su piel, ésa de puntitos negros, abiertos, desgajados. Su cuerpo era como la tierra desolada. Me tocaba tallarle la espalda con una piedra. Mi padre lavaba su cabello mientras yo veía cómo caían grandes manojos al suelo. En seguida me pedía que los recogiera, y con repugnancia lograba sujetar algunos entre mis dedos, y luego los metía en el interior de una bolsa negra.

La abuela no sabía pronunciar mi nombre. Movía la cabeza, sacudiéndose, como si así, de esa forma, en esa

repetición excesiva y alucinante gritara su aversión por el agua. Sus brazos largos cobraban vida y mi padre y yo nos alejábamos. Nos metíamos a la casa y lográbamos verla desde la ventana. Mi abuela ya no hablaba, hacía gestos, todos horribles. Yo prefería acurrucarme en mi cama y no pensar más en ella.

Salí a caminar hacia el río; era marzo. El sol, como pez asfixiado, flotaba entre las nubes. Se hundía más y más. Tenía frío, pero eso no me impidió quitarme la ropa y sumergirme sin ningún temor. Me asusta la falta de aire. Mi cuerpo era sólo una mancha, como un punto negro en el cuerpo de la abuela. A veces pensaba que yo era un pedazo de piel que mi padre le había arrancado. Así, hundida en el río flotaban mis pellejos: lunares que quisieron volverse piedras, pecas que fueron desprendiéndose y cayeron como granitos de arena. Temblaba. Salí del agua y las nubes terminaron por oscurecerlo todo.

Regresé a casa caminando entre la hierba enlodada con los pies descalzos. Abrí la rejita de madera que mi padre y yo hicimos el verano pasado. A la izquierda, junto a la hierba santa, hay un pozo muy profundo. Cada vez que veo su interior, siento como si alguien me diera a tragar piedras muy grandes que se atorán en mi garganta. Busqué a mi padre; él no apareció. Muy cerca del pozo vi montoncitos de pelo blanco que parecían ser de mi abuela. Al principio creí que me equivocaba, pero no. Estaban

ahí. Nuevamente llamé a papá. Nadie. Me quedé a mirar el paisaje. El viento sacudía las hojas muertas. Esperé. Muchas veces la abuela paseaba entre los senderos de los cactus de tunas rojas. Le gustaba comerlas, pero era inevitable que regresara con la boca y las manos manchadas de sangre porque las mordía con todo y espinas para disfrutar la masa dulce de adentro. Yo seguía esperando. Las hormigas rodeaban un esqueleto de un bicho raro. Había, en pocos minutos, muchas hormigas alrededor. El cadáver y las hormigas negras se dirigían hacia mí.

La abuela estaba con los ojos abiertos. De vez en cuando podía escuchar su pestañear. Me sentía contenta de verla tranquila porque así me permitía reconocer su belleza y me daba la confianza suficiente para ponerme a jugar con ella. La tomaba de la mano y ella me apretaba el brazo sin dejar de mirarme a los ojos. Creo que mi abuela lo sabía desde esa mañana. Antes del mediodía no hacía otra cosa más que apretarse el vientre con una cinta de lana roja. Se la amarraba con toda la presión posible. En cuanto veía a su hijo o a mí, comenzaba a balbucear y se golpeaba contra la pared. Sus ojos, como eclipses solares, miraban. Yo corrí a cortar tunas para dárselas con el fin de contentarla. En cambio mi padre se concentró en buscar la tina y el agua para bañarla. Me pidió guardar el cabello viejo de la abuela en la bolsa negra. La costumbre de hacer una muñeca con algo de las personas a quienes amas,

de las personas que jamás volverás a ver. Yo aún no logro entenderlo.

Una noche, un resplandor. Tarde. El tiempo pasa y no pasa. Era marzo.

Tenía sed, así que saqué una cubeta y me dirigí hacia el pozo. Apareció ahí la muñeca más fea que había visto; su cabeza era una bola de pelos como los de la abuela. Me desconcerté y sentí de súbito su respiración. Me asusta la falta de aire. Su cuerpo era de piedra. De verdad era fea. Pasaron días y él ya no volvió. Meses antes había intentado acercarse a la abuela al pozo, y tal vez convencerla para que mirara su profundidad. Y yo devolví esa muñeca al agua, a esa oscuridad.

A mi padre lo encontraron con un par de tunas destripadas en las manos. Su cara, esa expresión de quien busca oxígeno. Se colocó una bolsa en su cabeza y luego la amarró. Caminó por largo rato hasta dejar de respirar. Ese día yo encontré la casa de las hormigas con los esqueletos de los bichos raros.

El rehilete

Mi abuela salió de casa, la oí abrir la puerta y cerrar con llave. Se había puesto un gorro gris y su abrigo rojo de invierno. Afuera llueve y tiemblo de frío. Me envuelvo en las sábanas y pienso en mi madre. Mi abuela dice que pronto se recuperará y saldremos a jugar con sus rehiletes; los tiene de muchos colores, tamaños y formas. La estrella amarilla es nuestro favorito. Por ahora no puedo visitarla y ya empiezo a perder la paciencia.

Los rayos del sol extienden su búsqueda y nos encuentran. Me acerco a la ventana para mirar el cielo y descubro que mi abuela no se ha ido. Está junto al árbol de algodón, descalza y rezando. “¡Gisel!, ¡Gisel!”, grita mi nombre con su voz ronca. “¡Gisel, sal por la ventana!”. Yo no respondo. Me cubro totalmente con las sábanas blancas. Las llaves entran y dan un giro al picaporte. “¡Gisel! ¡Vayamos camino al pueblo! ¡Compraremos un nuevo rehilete! ¡Tú lo escogerás, el que quieras, el que más te guste!”.

Nos vamos escondiendo entre las ramas de los árboles que llevan a San Juan. Algunas veces las nubes nos delatan y el sol resbala su lengua en nuestra cara. Su saliva amarilla apenas logra darnos calor. Todavía cae una pequeña llovizna: los campos abarrotados de borla son hu-

medecidos por el llanto de un muerto. La abuela camina lento, pero firme. Cuando cruzamos el puente de piedra, me toma de la mano y sonríe. El color intenso de las flores nos pellizca la piel. Avanzamos, podemos ver el campanario de la iglesia. Han sembrado flores de cempasúchil, con las que limpiarán los ojos de los devotos para que así puedan ver a sus difuntos. Nos sentamos en una de las bancas que están frente a la puerta de la iglesia y esperamos a don José, el rehiletero. Mi abuela saca dinero de su gorro feo y me lo da. “ Creo que hace falta uno blanco!  No tenemos ningún blanco, Gisel, ninguno!”, dice la abuela, mientras yo corro a alcanzar a don José.

Antes de regresar a casa, pasamos al mercado a comprar pétalos de cempasúchil y atole de panela, mi favorito. Mi abu soplabla muchas veces y soltaba algunas carcajadas. Se puso roja de alegría. En el camino nos detuvimos unos instantes porque a mi abuela se le ocurrió orinar. Su abrigo rojo se manch  de lodo. Se lo hice notar, pero ella encogió lo hombros y pidió que soplara fuerte, muy fuerte al rehilete. Sus orines apestaban. Cuando llegamos, yo corr  a darle la noticia a mi madre. Grit  por toda la casa porque yo no sabía en qué habitación se encontraba. “ Shhh!”, dijo mi abuela. “Tu madre hoy expulsar  su dolor.  La oyes?”. Yo le dije que sí.

La abuela Josefa insistió en que debía hacer un camino de flores a mi madre. Me dio la bolsa que compramos

en el mercado y me sacó de la casa. “En un rato vuelves por nosotras”, dijo, y cerró la puerta con llave.

Hace meses que no veo a mamá, desde que mi padre murió bajo la sombra de alguno de estos árboles. Josefa nunca lo quiso. Decía que era un borracho calenturiento con el pito sarnoso. Un día la escuché decirle: “Te lo voy a cortar de un machetazo cuando menos te lo esperes”. Y así fue. De la tristeza, a mi madre se le empezó a hinchar la barriga. Creí que explotaría como un aguacate maduro al caer en la tierra. Por si eso ocurría, la abuela la encerró en una habitación y le llevaba pan y agua todas las mañanas. Hoy vaciará todos sus recuerdos y al fin caminaremos al campo de los rehiletos. Serán más de doscientos o trescientos rehiletos de todas las formas y colores clavados en la tierra roja de San José.

No soporté la idea de esperar más y quise entrar por la ventana de mi cuarto. Rompí el vidrio con una piedra. Al pasar por el cristal roto me lastimé la frente: escurrió sangre. El televisor está encendido. Josefa lo ha puesto con el volumen muy alto, pero logro escuchar el quejido largo de mi mamá. Me acerco sigilosamente hacia ellas. Están en el cuarto de mi abuela. Ella mira la telenovela y mi madre está acostada en la cama, con las piernas abiertas. La sangre resbala de su carne enferma. El alma de mi madre está rancia, llora igual que un niño. De pronto los ojos de mi abuela se fijan en mí. “¡Mi querida Gisel! ¿Por qué no

le enseñas el rehilete a tu madre? Anda, tráeselo”, me dijo. Yo asentí con mi cabeza.

Mi abuela abrazó al “tumor de la tristeza” que tenía mi madre. El día seguía nublado como una boca seca de muerto. Caminó sola un rato y luego volvió por mí. Me dijo que no olvidara nuestro juguete. Bajamos hasta el campo de los rehiletes. Habíamos coleccionado de diversos colores: amarillos estrella, rojos fresa, verdes, naranjas. Los hundimos en la tierra, y cuando el viento llega, los rehiletes se mueven en una misma dirección. Mi abuela lloraba, y reía al mismo tiempo. “Mira, me dijo, el viento soplará y entonces los recuerdos se irán de aquí. Mañana nadie podrá llorar. Soplemos, Gisel, soplemos para llamar al viento”. La abuela Josefa tiró al bebé en la tierra. “Creo que aquí es un buen lugar para poner el blanco. Cierra los ojos, mi pequeña Gisel, y entiérraselo con todas tus fuerzas”. Respiré profundamente para clavar el rehilete en aquel cuerpo pequeño, ciego y llorón. El viento movió todos los rehiletes clavados en la tierra roja.

El hambre

Le pregunté si le gustaban mis chichis. Él me dijo que las tenía duras y ovaladas. Nuestras miradas rozaron; sus ojos color miel lamieron mi cuerpo y sus piernitas, poco a poco, se fueron acercando más, hasta sentir sus dientes chuecos clavados en mis pezones. Le dije que su saliva olía a enano enfermo. “Abre tu boquita, chiquita”, me dijo, “ábrela”. Y me dejó caer un escupitajo. Él se apartó y riéndose de mí se dirigió a la puerta y se largó.

No logro entenderlos. Afuera hace mucho frío. La neblina cubre la hierba y ellos están ahí, sentados, esperando. Muchas de esas mujeres llevan gardenias en un canasto de carrizo. A mi madre le fascinan, supongo que le recuerdan mucho a mi padre. Ella se aferra a un sólo recuerdo: sus dientes de oro. A veces cuando le reza a la Virgen y le pide su regreso, se masajea sus chichis con los dientes y los chupa como si fueran dulces; los pone de regreso en su cajita roja y se persigna varias veces. Por las noches sueño que ese tren llega y derriba nuestra casa. Mi madre me pide que le cuente mis sueños una y otra vez.

Al enano nadie lo conoce por su nombre. Llegó por la madrugada montado en una vaca. Por las noches, dicen que le chupa la ubre a su animal, que su miembro es como el de un toro blanco y que por eso la vaca derrama

leche y leche todos los días. Mi madre lo ha invitado varias veces a la casa. Él ordeña a la vaca y nosotras hacemos el queso. Se queda a dormir en mi cama y yo duermo con mamá. Al día siguiente ya no está. Y entonces mi madre, desnuda, sale a cortar el tepiche que crece afuera de casa. Se sienta frente a la mesa y empieza a masticarlo. Su seriedad me aturde un poco y salgo a perderme entre la neblina.

Camino sobre las vías del tren. Frente a la estación, niños, mujeres y hombres miran fijamente el horizonte. Llego a saludarlos, a preguntarles por el enano. “Mañana sale el sol. Iluminará nuestros campos de maíz. Dejaremos de comer papaloquelite y pondremos la olla de frijoles para festejar”, dice la más gorda a uno de sus hijos. “Niña, vete, no me dejas ver el embrión sol. Quítate, estorbas”, me dice la viejita. “Si buscas al enano, está masturbando a su vaca”, dijo un señor. “¿Puede llevarme con él? Tengo hambre y quisiera tomar una taza de leche”. “No niña, no. Vete a tu casa. No lo busques”.

Desilusionada, me envuelvo mi rebozo blanco y sigo caminando sobre las vías del tren. Las piedras son negras y planas. Me quito los huaraches y camino descalza. Siento cómo unos animales diminutos picotean mis dedos. Se me hinchan y enrojecen al momento. Tengo hambre. Pienso en mi madre y en su olor a hierba. Cómo desearía comer un caldo de gallina.

A mi madre la encontré lamiéndose sus enormes chichis. Le pregunté si había estado con el enano. Ella aseguró que ya habían pasado varios días sin verlo. Le dije que tenía hambre, pero que no comería más hierbas. “¡No soy una vaca!”, respondí. Pero ella sólo mordía sus enormes chichis; creo que lloraba de dolor.

Otra vez salí a buscarlo. O mejor dicho, a buscarla. Quería masticar algo, de preferencia carne. Me daba igual si era del enano o del animal. Volví a saludar a las señoras frente a la estación. Sus gardenias marchitas las tiraban sobre las vías del tren. Rezaban por ellos, por su regreso. Ya no sonreí, sólo las miré con mi cansancio y mi hambre. La neblina espesa me cubre toda y tiritito de frío. ¿Dónde podrá estar ese asqueroso enano con su mugrosa vaca? Estas vías no llevan a ninguna parte.

No sé cómo pasó. No recuerdo mucho. Ya es casi media noche y mi madre no llega. Todos están sentados, niños incluso, mirándome atentamente. Las luces blancas de la estación alumbran mi cara. No creo que puedan ver mis gestos, ni los gestos del enano. La vaca está muerta. He mordido la ubre y me he tragado la carne. Guardo un poco para mi madre. La pondremos a freír, a asar, a hervir. Caldo, un caldo con las chichis de la vaca. Sí, ríanse. Comeremos a la vaca entera. ¿Por qué no lo entienden? El enano me ha amarrado a una silla y lleva unas pinzas. Dice que me las torcerá hasta sacar toda mi lechita. Mi

madre no llega y el hombre con sus manitas me pellizca mis senos, me los chupa, me los muerde con sus dientes chuecos. Y le vuelvo a preguntar, “¿te gustan mis chichis?”.

Alas de fuego

Cuando las estrellas palpitan en la sombra del universo, Luisa la enana siente recorrer unas patitas invisibles por debajo de su piel, subiendo y bajando por todo su cuerpo. Ella trata de hundir la cabeza por debajo de las sábanas, estirando los brazos hacia el vacío, apretando los ojos de una manera, casi, desesperada. Se entierra las uñas, poco a poco, en su delgada piel. Luisa sólo logra pensar en aquellos animales minúsculos andando en su interior. Se levanta del petate. Cruza la cocina y en seguida abre la puerta para salir al patio. Hace frío. Caen gotas de frío nocturno. Ella corre al gallinero, donde también se guarnecen los pavos reales y los guajolotes. Las gotas caen sobre su espalda. Luisa siente como si fueran piquetes de hormigas rojas hinchando su cuerpo. Cuando llega al techo del gallinero, se cubre el rostro con sus manitas gordas y se frota la piel para darse un poco de calor. Abre la reja y se sienta en el aserrín. Los animales no se mueven, tampoco hacen ruido. Primero observa a las gallinas, aves gordas y antipáticas que cagan todo el tiempo. Piensa en los microscópicos piojos saltando, buscando su cuerpo, también diminuto. Los guajolotes se levantan, despliegan sus alas. Ella se les acerca poco a poco y sujeta al más dócil. Lo lleva afuera. Deja que el frío los inmovilice. En aquella oscuridad no

se pueden ver las facciones comprimidas de su rostro, ni esa ladina sonrisa que hace cuando algo le produce placer. Del bolsillo de su pantalón saca una aguja. La entierra en las verrugas del animal una y cientos de veces más. El guajolote revolotea, desprende un chillido que a Luisa le produce escalofríos y lo suelta de inmediato. Tendidos en el suelo, lloran amargamente. Luisa, la enana, comienza a rascarse por todo el cuerpo y se arrastra en la tierra. Luego se levanta, se limpia las lágrimas y lleva al guajolote agonizante de vuelta al gallinero.

Por las fuertes lluvias ha crecido demasiada hierba. Las flores amarillas se abren y esparcen su perfume delirante. Luisa siempre tiene hambre y le gustan los chapulines. Sale a buscarlos al campo y éstos se pegan en sus dedos, en su boca, en sus labios. Le gusta comérselos vivos. La otra parte los reserva para que su madre los venda junto a la taquilla del circo. Su madre ya no siente nada; su corazón es un pan enmohecido que descompone poco a poco su cuerpo. La han encontrado borracha varias tardes frente a una cantina, cayendo al suelo, maldiciendo a todos. Luisa la conoció así; jamás la ha visto sonreír. La tristeza es hereditaria; su soledad contagiosa. Su madre trató de venderla al circo para comprar alcohol, pero ellos le dijeron que no. A Luisa le hubiera gustado irse, aprender a sonreír.

“Luisa, ¿por qué te comes esos animales vivos? ¿También masticarás plumas de guajolote hervido? A veces me

provocas malestar estomacal”, le dice su hermana Felicia en voz baja. “Me gusta sentir sus patatitas tratando de impulsarse. Brincan dentro de mi boca. Son de menta, de hierba buena”, responde Luisa. “¡Míralos, son gordos!”.

A Felicia le repugnan los enanos, le disgusta su olor, sus diminutos dedos. Los imagina acercándose a su boca, hundiendo la nariz en su cabello. Siente escalofríos. Sube el volumen del televisor. Hay sombras moviéndose, hablando en una pantalla. Le molesta que Luisa esté ahí, a lado de ella, viendo la telenovela. “¿Por qué no te largas a chupar la piel de un animal muerto?”. Luisa no dice nada, toma el control y sube el volumen del televisor, cambia de canal. “Luisa, he dicho que te vayas. Ve a buscar a tus amiguitos del circo. ¡Diviértete!”. Luisa se rasca la cabeza, se pone frente a su hermana y le escupe en la cara. Feli lanza una carcajada. Luisa con su expresión de seriedad le da la espalda. Sale a la calle sin decir ninguna palabra.

Ha comenzado a llover. Su madre no llegará otra vez. No quiere acercarse a la carpa de los enanos. Felicia siente un vacío; extraña a su madre. Tal vez haga un intento por ir, pero no podría soportar la desnudez de esos insolentes hombres pequeños. Esperará otra vez sentada frente al televisor mirando su reflejo. Alguien llama a la puerta. “Felicia, sal, Felicia, anda, ven con nosotros”. Se ríen esos pequeñines. “¡Váyanse de aquí! ¡Shu shu, largo!”. “Luisa nos dijo que te llevaríamos a la función de hoy. Hemos ve-

nido por ti”. “Ja, ja, par de cretinos asquerosos, lárguense. ¡Ahora!”. “Sí. Ella nos lo ha dicho. Se llevó a un guajolote. Dice que ella lo mató hoy. Lo ha desplumado y se ha pegado las plumas a su cuerpo. ¡Vamos Feli! ¡Tienes que verlo! ¡Ya somos amigos!”.

Las chicharras cantan. El cielo se cubre de ramajes encendidos. Felicia sale y no ve a nadie. A lo lejos cree ver a su madre. Camina junto a esos hombres de piernas pequeñas. Anochece lentamente. Uno de ellos toca la trompeta, otro, un tambor. Luisa lleva de la mano a su madre. Le han pintado la cara de payaso. Su mamá apenas puede abrir los ojos. Huele a mezcal.

“¡Felicia, acércate! Sonríe con nosotros”, dice alegremente la enana. Pero Felicia se queda en la puerta. Ha notado que Luisa en sus brazos se ha pegado con la misma sangre del animal las alas del guajolote. Ella apesta. Todos huelen mal. “Mira Felicia, mamá y yo seremos pájaros libres. Volaremos alto, muy alto”.

Los enanos aplauden, cantan y bailan afuera de la casa. Están a oscuras. Felicia está adentro. Prende el televisor y sube todo el volumen. Quiere que se vayan, que la dejen en paz. Mira por la ventana y nota que su madre ha empezado a desnudarse y a bailar con los enanos. Luisa está ahí, moviendo sus alas, intentando volar. Felicia, un poco harta, fastidiada, sale rogando y llorando para que su madre entre y duerma un poco. Pero Luisa la detiene.

Mueve sus brazos como si en verdad tuviera alas. Los enanos se han quedado callados. Luisa trata de arrullar a su madre. Ella está en la tierra, borracha, con los ojos pequeños, rojos. Han comprado suficiente mezcal. Abre otra botella y la baña en alcohol. Un enano sacude una caja de cerillos, enciende uno y lo arroja. “El fuego es un acto de magia”, dice Luisa antes de verla rodar envuelta en llamas.

Los niños de la otra ciudad

En aquella ciudad la luz del sol se mantenía con la intensidad de una llanta negra ardiendo, aniquilando cualquier verdor de la naturaleza. Anochecía de un solo golpe, sin previo aviso. El olor a carne ahumada, a sudor, se quedaba flotando en el aire. Los cuerpos moribundos arrastrándose entre el polvo comenzaban un canto similar al de las chicharras. Los niños de cara roja y pupilas blancas salían de sus cajas a buscar comida. En total oscuridad, guiándose sólo por el oído, encontraban flores de cactus. Caminaban descalzos sobre las ardientes banquetas y tierra cubierta de cenizas. No hablaban. Los viejitos malolientes que viven en el cementerio de automóviles les cortaron la lengua. Sus padres así lo habían acordado. Ellos huyeron a la otra ciudad. Huyeron de noche, cuando las sombras los guiaban por caminos subterráneos devorándolos al instante.

Como una mosca gigante, la noche emprendía su vuelo para buscar cuerpos enfermos. Desaparecía entre los dientes del sol.

Pánfilo colecciona las lenguas en recipientes de vidrio llenos con formol; las separa por tamaños, edad y género. También las tiene de perro, de gato, de serpiente. Están dentro de un canasto de palma. Por las mañanas, al terminar de lavarse los dientes, con los chillidos de rata que

hace al emocionarse, toma una de las lenguas: primero se la pasa por su cuerpo y luego las siembra en la tierra negra. Le gusta sentir otra carne entre sus piernas; siempre imagina a mujeres desnudas con los pezones erizados y caderas anchas. A veces, cuando tiene visitas de los otros viejos, se la pone a una mujer inflable de plástico con un agujero en la boca. Baila desnudo alrededor de los autos destruidos, mientras los otros viejos le aplauden y besan a la mujer de lengua postiza. Algunos niños detrás de las rejas miran desconcertados aquella danza siniestra. “Hey tú, ven acá. ¿Tienes hermanas? Yo creo que sí las tienes y no nos lo quieres decir. A nosotros no nos gustan los niños, lo que nos gusta son sus lenguas. ¿Por qué? Porque siempre tienen algo que contar. Recuerdo que a veces hasta se sabían canciones. ¿Te sabes alguna? Shhh, no te alborotes. Tus lágrimas hacen que me vuelva más viejo. Nosotros ya no podemos llorar. El mundo ahora nos parece tan... ¿Quisieras hablar? Ven, yo te presto mi lengua”. El viejo Pánfilo hace pasar al niño de cara roja. Lo lleva de la mano al centro del baile. Los viejitos aplauden y ríen. Se escucha un gran escándalo. Pánfilo saca otra lengua de su canasto y se la enseña al niño. “Mira, aquí está. Toma, es un obsequio de nuestra parte. Te la pones dentro de tu boca y ¡listo! ¡Podrás cantarnos una canción! ¿Pero qué dices? ¿Qué no te sabes ninguna? ¿Por qué?”. Pánfilo sacude de los hombros al niño y le grita: “Lárgate de aquí. Ja ja

ja". El niño corre de prisa a buscar a sus compañeros. Han escapado, lo han dejado solo. Seguro ya están en el cruce-ro esperando a señores pasar en su automóvil. Cubren su cabeza con bolsas de papel que recogen de los basureros de los edificios abandonados. Quieren olvidar lo que han visto. Cierran sus ojos y sonríen. Al aire piden pan, agua. Imaginan personas pasar en su automóvil grande, de lujo. Siempre los que van dentro del auto llevan comida. Son señores gordos que cruzan para ir a la otra ciudad. Señores calvos cruzando. Señoras con pelucas de pelo de gato comiendo. Señoras gordas, otra vez, cruzando.

Grito, otro grito. No palabras, ruidos que nacen en la garganta y terminan en un escupitajo. Hace calor, mucha calor. La ciudad parece temblar. El viento sopla y refresca la piel. Los niños se escupen en los ojos, en el pecho. Las chicharras salen de la tierra y se trepan a los árboles porque sus alas están quebradas. Los niños que cubrían su cara con bolsas de papel comienzan a rasgarlas y a comérselas. Están hambrientos, muy hambrientos.

Dentro del cementerio de automóviles los viejos cuidan árboles de huajes. En la noche cenan sus semillas y se inflan sus panzas. Caminan en círculos y Pánfilo sale a buscar a los niños de cara roja y pupilas blancas. Ellos no han salido de sus cajas. Siguen imaginando cruzar a la otra ciudad. Ya no quieren vivir en la orfandad. Buscarán a sus padres desmemoriados entre las calles de ese otro lugar.

Pánfilo les lleva algunas chicharras fritas que cocinó por la tarde. El aroma los hace salir inmediatamente. “Siento que me crece una lengua, que brota desde lo más profundo de mi ser. Se mueve y quiere salir. Lamer mis dedos, mis manos, los ojos marchitos de los otros niños; lamer las piedras y los árboles, a los viejos feos bailarines, cruzar la ciudad lamiéndolo todo, devorándolo todo”. “Las chicharras, las chichichirrrrrrr, así, cantar como ellas, moviendo mis alas”. “El Pánfilo lametodo, quisiera tu lengua Pánfilo lametodo”. “Ya cállense, porque de todas formas no entiendo nada de lo que intentan decir. Cómanle y ya, gritones éstos”. Les avienta el resto de comida y sale de ahí. Lleva una de las lenguas para sembrar. Una niña de cara roja sigue al viejo. Sus oídos oyen claramente las pisadas de Pánfilo. Se detiene cuando distingue a las sombras. No se mueve. Espera a que el viejo deje de hablarles. “Es la última lengua que nos queda. Ya no hay más. Nadie se ha atrevido a viajar a la otra ciudad. Llévense a los niños. Nosotros estamos vacíos de sueños”. Al instante encorvó la espalda y se puso a escarbar la tierra negra con sus manos. Sacó la lengua de su bolsillo izquierdo y la enterró. La niña lo esperaba impaciente. Tenía una piedra grande, una gran piedra para Pánfilo, el que le cortó la lengua cuando tenía siete años, cuando sus padres huyeron a la Gran Ciudad.

Todas sus fuerzas y odio estuvieron ahí, en aquel golpe mortal. La sangre del viejo se absorbió en la tierra negra.

Ella ya lo había decidido, cruzaría con el corazón del viejo, lo besaría, lo tragaría, pedazo a pedazo lo masticaría. Aquel trozo de carne la haría llegar a la otra ciudad. Un corazón viejo, deforme. ¡Sí! Eso haría.

“Las sombras persiguen mi rastro. Me huelen, me tocan, pero no me miran. Ellas saben que este corazón que traigo es alquilado. Tengo miedo que me devoren, que me besen. Arrastro con un mecate el corazón de Pánfilo: tiene tierra y pelos, muchos pelos. No deja de palpar. Escucho a lo lejos el canto de las chicharras. Siento que camino en círculos, y este viaje es infinito. Tengo sed. Ya no puedo volver”, se dice a sí misma la niña de cara roja.

Se escucha la música de los dientes triturando el corazón de Pánfilo. Está sentada a mitad de carretera; es un camino angosto, solitario. El sol estalla sobre la niña de cara roja y pupilas blancas. Ya no tiene saliva. Mira con detenimiento cómo el corazón desmembrado sigue latiendo. Hormigas negras lo envuelven. Se derrumba. Las busca. Ellas siempre están cerca. Pero no aparecen. En su lugar, una mujer gorda con peluca de pelo de perro le extiende la mano. Caminan entre el angosto camino. La niña siente náuseas, vomita, y la mujer le limpia la boca con su peluca. Ambas sonríen y luego desaparecen.

Manuelito

Ella estaba ahí, amamantando al niño con sus pezones descubiertos. Casi no comía; su piel era transparente y se le notaban los huesos de la espalda. Manuel empezó a lloriquear como una rata herida, una rata babeada y vomitada. Ella lo dejó en el suelo y alzó su piecito para aplastarle la cara. “Pero qué haces, niña”, le dije, mientras la miré fijamente a sus ojos de color arena. Levanté a Manuelito y lo puse en la cama. Cuando volteé, ella ya no estaba. Nunca volvió. Ni su madre ni su padre le lloraron. La hallamos con el cuello torcido. Se colgó de un árbol.

Manuel tiene una cara rara: los labios hundidos, los ojos grandes; babea mucho y no sabe hablar. Va a cumplir quince y parece un niño de cuatro años. Todas las mañanas viene a mi cuarto, se mete a mi cama y me alza la blusa para chuparme el pezón. Lo dejo porque sólo así está quieto. Él piensa que soy su madre. “Dime tía Cris. Yo soy tu tía Cris, Manuelito”. Pero él no entiende y comienza a rasguñarme, a hacer ruidos extraños, y cuando se pega a mi espalda, succiona mi sudor. Hay días en los que ya no quiero verlo. Es muy feo y tonto. Me encierro por días en casa, con llave. Detrás de la cortina veo como Manuelito empuja la reja, entra al patio con sus pasos pesados y su cara babeada. De ahí va directo con las gallinas: les pica

con un palo, las acaricia, las alza y las bota. Quiere que vuelen. Siempre quiere ver volar a las gallinas, a los guajolotes y a los gatos. Las deja en paz, y luego se acerca corriendo a la puerta. Se queda ahí tocando desesperadamente. No hago ningún ruido. Me quedo paralizada hasta que llega Paulino por él. Siento un alivio; comienzo a llorar.

El verano pronto se acaba. Las flores del campo son devoradas por la hierba. Hay mayates colgando en la cortina; otros caminando entre los trastes sucios. Sentada en la oscuridad, frente al espejo, la veo a ella, sus ojos color arena. Cada grano cayendo precipitadamente sobre mi cuerpo, entrando por mis oídos, por mi boca, por mis ojos, enterrando mi alma; sintiendo su asfixia. Me quito la blusa y siento mis pechos flácidos y mordisqueados. Siento hambre, pero él sigue ahí afuera. Ha intentado abrir la puerta con la pala. No me atrevo a mover un solo músculo. Tengo miedo. Pienso en su asquerosa saliva y en su repugnante olor. Tengo hambre. Los mayates comienzan a descender y tocan mi cuerpo con sus patas delanteras. Los observo; mi lengua los busca. No puedo detenerme. Los destripo y los trago. Los mayates vienen hacia mí. Todos, sin excepción.

“Cristina, sé que estás ahí adentro. Manuelito te ha estado esperando. ¿Por qué no vienes con nosotros?”, dice Paulino. “Mi madre ha matado a una de tus gallinas y ha preparado un mole exquisito para celebrar. Tú has salva-

do a Manuelito, lo has hecho hombrecito. Ya era tiempo que el niño creciera”. “Cristina, Cristina”, habla por fin Manuelito. “¿Lo ves? Él te quiere de verdad. Sólo sabe pronunciar tu nombre”. “Llévate a ese retrasado mental de aquí. No quiero verlos. Lárquense”. “Entonces, al menos déjame entrar a mí. Te he traído pan de San Andrés. Hemos ido por la mañana. Anda, déjame pasar”. “Largo, fuera de aquí”. “Cristina, Cristina”, dice Manuelito con su horrible voz de rata herida. Patea la puerta.

Después de un largo silencio, dejo pasar a los dos. Alargo mi brazo y tomo el pan destrozándolo con mis dientes. “Mira como enloqueces a Manuelito. Míralo, míralo bien”. Agacho mi cabeza y comienzo a desnudarme. Paulino va a la puerta y desaparece detrás de ella. Manuel prensa mis pechos, juega con ellos y los babea con su desquiciante hedor. No me muevo. La veo a ella colgando de un árbol. Cuento los años: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece. Ella tenía trece y yo dieciséis. “Manuel, Manuel, ven aquí, ven aquí, cariño”.

Estoy frente a la casa de la tía Margarita. Paulino abre la puerta y me deja pasar. De inmediato le doy la olla de peltre que llevo sobre mi pecho. Mi tío Bustamante sentado en la mecedora del pasillo ni me habla. Observa el delicado movimiento de mis caderas. La tía Margarita me espera en la cocina.

“Bienvenida, Cristina. Te hemos estado esperando. Siéntate y sírvete un mezcalito para la ocasión”. “Pero, dime, ¿quién te ha mordido la lengua?”, pregunta mientras la tía Margarita intenta sonreír. Entonces de mi boca escupo los dientes de Manuelito y pongo su lengua sobre la mesa. Salgo corriendo y no vuelvo.

La vaca Chona

Josefina vive en una casa amarilla con un hoyo en forma de ventana. La hierba ha crecido y abundan en el aire los aleteos de los colibríes y de las mariposas blancas. Por las tardes se escucha intensamente el crujido de su mecedora, como si así nos avisara del ritmo exánime de su corazón. El viento intranquilo hurga en los rincones de nuestras almas con un acentuado desconsuelo. Los dedos de Josefina rascan su cabeza de poca cabellera, y se arranca los piojos y las garrapatas que siente caminar por su piel; le gusta chuparse los dedos y comerse aquellos diminutos insectos.

A Josefina le falta un seno izquierdo. Cuando sus manos no encuentran su otra chichi, comienza a llorar en silencio, mordiendo sus dedos y arrancando sus uñas con sus filosos dientes. Puedo observarla por el hoyo en forma de ventana. Me alejo corriendo a buscar a Lázaro entre el monte. Ha salido a vender a sus animales y ha sacrificado a la vaca Chona. Lo veo tendido bajo los pequeños árboles de níspero.

“A tu mujer le gusta derramar sal. Es un pez de agua salada. A mí me gustan más los de agua dulce. ¿Quieres que te pellizque o qué? Lázaro, ¿qué es eso?, ¿te piensas comer las chichis de Chona? Mejor cómete las mías. Es-

tán más grandes y redondas”, me atrevo a decirle, con la picardía de siempre.

Lázaro ve cómo me desnudo y de pronto comienza a lanzarme pedazos de carne de la pobre vaca Chona. Se levanta, agarra las grandes chichis del animal y se marcha sin decirme nada. Yo, en cambio, me extiendo sobre la hierba y me doy cuenta de que el cielo tiene ese color paradisiaco que nunca podremos habitar.

El camino de vuelta a la casa amarilla me produce escalofríos. No me gusta ver a Josefina desnuda en la mecedora, pero es la única forma en que Lázaro la puede hacer dormir. Pude cazar algunos chapulines y mis ansias de tostarlos en el comal y guisarlos con frijoles apresuran mi paso. Me gruñe la panza y un poco el corazón.

Por el hoyo en forma de ventana veo a Josefina de pie; se ha puesto el vestido rojo y Lázaro le ha cortado el cabello. Sus ojos no miran a nadie. Pero Lázaro y ella están frente a frente. La toma por la cintura y le besa su pezón derecho. Se hinca delante de ella y parece pedirle perdón. Luego intenta con una cinta amarrarle a su pecho las chichis de la vaca Chona. Josefina no mira a nadie, no habla con nadie. A veces canta con el chillido de las chicharras cuando sale a atraparlas. Las ahoga en una cubeta de leche y se las lleva medias vivas a su boca. Lázaro las decapita y las fríe como pollo. A todos nos gusta comer aves cantoras. Josefina lanza un grito aterrador. Al parecer la sangre de la Chona es fría y pegajosa.

“¿Dices que un gusano en su interior escarba dentro de ella para poner huevecillos? ¿Son tan enormes que el cuerpo de Josefina se deforma? Yo no quiero que un gusano coma mis pezones gordos y bonitos. Josefina no ha parado de vomitar y llorar. No se ha levantado de la mecedora y les ha aventado piedras a los vecinos. ¿Lázaro? ¿Por qué no me quieres un poquito?”, le arrojé angustiada mis palabras.

En época de lluvia los saltamontes abundan en el campo. Me gusta caminar entre la hierba y sentir sus patitas rozándome la piel. Imagino los dedos de Lázaro examinando mis poros con detenimiento, llegando a mis pelitos de allá abajo. Yo no como liendres ni garrapatas que habitan en mi cuerpo, pero me gusta masticar la panza inflada de los saltamontes vivos. Ojalá él lo supiera. Sueño constantemente que Lázaro me obliga a besar a Josefina, a hacerle el amor. Eso me perturba demasiado. Por las noches, él me despierta con besos apasionados y me agarra los pechos, los rasguña y luego con el pene duro se da la media vuelta. Lo escucho llorar en silencio. “Las tienes como para sacar leche para cuarenta hijos”, me dice con la cabeza escondida entre las cobijas. Quiero abrazarlo, pero él se levanta y duerme en el piso. Cuando despierto, él nunca está. Duerme afuera, en la hamaca, junto al comal.

“No puedo quererte. No quiero”. “¿Por qué no puedes? Nada más me besas y ya te largas. Una lamidita de

gato, aunque sea”. “No”. “Josefina ni nos mira. Josefina no mira a nadie”. “No”. “Bueno, entonces ya lárgate. ¿A qué vuelves?”.

Y así fue, Lázaro no regresó. Lo esperamos. Habían pasado tres noches cuando Josefina intentó arrancarse con sus manitas las chichis de la Chona. Apeataba. Había moscas que zumbaban alrededor. Se levantó de la mecedora y corrió hacia afuera. Lanzó su cuerpo al polvo y comenzó a revolcarse, riéndose como una loca.

Esa noche llovió. Los gallos kikiriqui picoteaban con su canto mi profunda soledad. Las palomillas bailoteaban entre los mínimos destellos de luz. Algo me decía que debía seguirlo, salir a buscarlo, pero Josefina, la tía Josefina.

“¿Me miras a mí? ¿Crees que yo tenga la culpa? Si la fea eres tú. Yo tengo mis dos melones bien amarrados... Tía Josefi, siéntate. ¡No grites! ¡Deja de mirarme así!”.

Apenas pude creerlo cuando descubrieron el cuerpo de Lázaro. Estaba rodeado de chicharras infladas. Alguna que otra viva cantaba. Nadie quiso recoger su cuerpo. Creemos que las ratas le masticaron su cosita. Es probable que él lo quisiera así: ser mordido por roedores. Jamás habíamos visto un pene carcomido por ratas. Yo no supe qué hacer. Caminé en silencio y rogué a Dios para que se lo llevara en santa paz. Era un hombre bueno, un hombre que amó demasiado.

El cuarto de los focos rojos

“Este silencio epiléptico que me corta la lengua, hace temblar a Dios. En cada segundo las palabras parecieran sumergirse en las profundidades de este mar mío, arras-trándome a su oscuridad. Pedazos de mí flotan en la ba-hía. Sólo mi desconcierto y pesadumbre sobreviven. A mis dedos le saldrán escamas y nadarán hasta encontrar mi alma desahuciada. Me comerán. Me tragaré a mí misma eternamente. ¿Así es el infierno, mamá?”.

Pánfilo la despierta echándole una jícara de agua a la cara. Otra vez ha gritado en sueños. Tiene frío. Pánfilo está desnudo, bebiendo un té de poleo. Siempre lo hace. Le cae bien. Es un hombre feo y tiene una verruga en el párpado del ojo derecho. Le escurren mocos verdes y no le gusta hablar. Él quiere a la madre de María, pero ella no lo quiere a él. Así es el amor. Defectivo y estafador. Pánfilo tiene una cantina en la periferia del pueblo. Ella le ayuda porque es un hombre que le da lástima y porque el lugar le parece muy agradable. Dentro de la cantina hay mesas de madera, focos rojos que los cubren con papel en forma de pezones, y del techo cuelgan fotos de mujeres desnudas. Últimamente a Pánfilo lo ha notado cabizbajo y temeroso. No quiere trabajar y se queda sentado toda la mañana en la mecedora verde. “¿Acaso tu madre no te

enseñó a desconfiar de la gente? Ella desconfiaba de su propia sombra. ¿Por qué no puedes aceptar que nadie te ama?”, le dice María. Pánfilo, a veces, es muy estúpido. Todos los jueves le lleva flores a su difunta madre; era una señora gorda que olía siempre a leche fermentada. Un día, el papá de Pánfilo los abandonó y ella sufrió un colapso nervioso. Mordió el dedo de su hijo hasta arrancárselo. El pobre de Pánfilo ahora tiene un tierno muñón en su mano izquierda. Él no recuerda mucho. Su memoria es frágil.

La madre de María y Pánfilo fueron juntos a la misma escuela por muchos años, hasta que un día ella se largó con su papá. A la mamá de María le gustaban los hombres prohibidos. Volvió pronto. La fantasía duró poco. Un día apareció en la puerta de la cantina. Pánfilo estaba ahí. Ella lo besó, se desnudó frente a él y le lamió su pene. Luego se fue a encerrar a un gallinero de una casa abandonada. Pasó días sin comer. Salió de ahí apestando a muerte. Se arrastró a la casa de Pánfilo, donde trató de morder a una gallina. Pánfilo la bañó y le dio de comer. María nació meses más tarde, con una verruga en el ojo izquierdo.

Pánfilo y María esperan bajo la luz de los focos rojos. Casi no hay gente. Sirven algunas cervezas. Notan que sobre las mesas hay mucho polvo; miran volar algunas cucarachas. Su madre está sentada sobre una de las mesas. Pánfilo está a su lado, tratando de hacerle una trenza. Ella jalonea y no está en paz. No puede hablar porque hace al-

gunos años intentó cortarse la lengua con unas tijeras. Fue esa noche cuando su madre por segunda vez durmió con Pánfilo, tras lamerle el pene. María se despertó por el grito monstruoso que lanzó su madre. Había mucha sangre en la tierra. Pánfilo le dijo que no la lavara porque pronto habría flores rojas en la cocina. Las flores nunca aparecieron.

Algunos focos rojos están fundidos. Es julio, temporada de lluvias. El cielo oscurece pronto y a las cosas le salen hongos. “Las nubes son moho en el cielo, ¿verdad Pánfilo?”, le dice María con una sonrisa divertida. “En las nubes habitan las almas de los muertos. El viento las lleva con Dios”. María se quedó callada. “Si ellas pasean tanto, yo también quisiera morirme”. Pánfilo no dijo más. Se retiró y se sirvió una cerveza. “Yo también quiero una cerveza”, gritó María. “¿Has notado que tú y yo somos arrastrados con la misma fuerza hacia el abismo?”.

En la cantina de los focos con forma de pezón llegan hombres con el rostro cubierto de soledad; algunos no parecen tener alma. No hablan, sólo beben. No miran, sólo comen. La madre de María es un bulto que cobra vida algunas noches: baila. Bailan los tres en silencio. Pánfilo no sonríe, en cambio María se divierte. Él quiere abrazarla, pero cree ver a las almas evaporarse. “Lloverá como nunca ha llovido, María. Vete a la casa y no salgas”. Pánfilo despacha a los borrachos. Cierra la cantina de los focos rojos. Mira el muñón que hay en su mano y llora desconsolada-

mente. La mamá de María sigue bailando en la oscuridad. El silencio es como un vértigo interminable.

“Siento como mi piel se infla, se llena de pequeños animales extraños. Están en mi cara, chupándome, infiltrándose por la nariz. No puedo moverme. Creo que no hay nadie. Nunca hubo alguien. Hay un canasto de maíz en medio de la nada. Alguien vive ahí. Hay pelos negros y sangre. Pregunto ¿quién es? Un maíz sale disparado y luego otro más. Reconozco la voz de mi madre. Sí, es ella”. Otra pesadilla, una vez más.

Despierta. Casi es la una de la mañana. Pánfilo no está y huele a humedad. Sale a la calle a buscarlos. Presiente la desgracia. María está descalza y en calzones. Hace frío. Siempre tiene frío. Se encuentra a Pánfilo a mitad de camino. Lleva cargando un canasto de palma. Lo alcanza y se arrodilla frente a él. Ella le dice “te quiero”. Pánfilo ha estado llorando y le escurren mocos de su nariz. Tampoco él puede creerlo. María cubre el rostro con sus manos, se pica los ojos, se pellizca, pero es inútil. La cabeza que está en el canasto no es un sueño. Es sangre real, es cabello real, es su madre. Pánfilo le pide perdón y sigue caminando. A María se le corta la respiración. Muerde su dedo hasta arrancarse la uña. Se tira al suelo. Escucha una voz. Cree que no hay nadie. Nunca hubo alguien.

Asilo de ancianas

Nunca había besado a una mujer. Se tocó los labios partidos y se los relamió cuidadosamente. Pensó en visitar el asilo de ancianas, en donde había visto morir a su madre. Siempre le gustó el olor de aquel lugar. Las viejitas desprendían un aroma a azufre. Las besaría, una por una, hundiendo su lengua hasta sus gargantas. Llovía. Las gotas de agua le caían sobre los hombros, en el cabello, en sus zapatos de charol.

Es un hombre alto, tiene ojos de color café. A las ancianas les gustan así. No había motivo para fracasar. Su miseria no podía hacerse mayor. Un beso, eso era todo.

El edificio es de color blanco. Tenía un anuncio grande que ocupaba la palabra "Paraíso". Afuera, frente al asilo, se encontraba el basurero. Había pequeñas casitas de lámina en donde había niños y locos. Los niños también estaban locos. Pensó en lo amargo que deben ser los días de lluvia debajo de esa choza. Unos niños jugaban a la pelota. La pelota rebotó cerca de él. "Roba niños, roba niños, púdrete. ¡Es nuestra! No la toques con tus manos pestilentes. ¡Nos das asco, roba niños, roba niños de mierda!", le gritaron. Dio un escupitajo. Entró al edificio. Un policía gordo se le quedó viendo. Le hizo un gesto. No entendió. Pasó hacia una habitación que estaba perfumada por

flores de gardenias. Las abuelas bailaban sobre un pasto sintético. Sonrió. “Permítame bailar con usted”, dijo. Ella extendió sus brazos hacia los hombros de José. Se miraron a los ojos y pronto se besaron. Se mordieron los labios y se lamieron hasta los dientes. Se tocaron la punta de su lengua. José comenzó a percibir un olor agrio que salía de la boca de la anciana. Era calva y no tenía una oreja. “Qué bárbaro, muchacho. Vamos a mi habitación. Yo sé lo que quieres”. José empezó a sentirse mal. El olor sulfúrico que emanaba de ahí era insoportable. Sintió estallarle la cabeza. De pronto, las viejitas sacaron la punta de su lengua para frotarla con la piel de José. Él terminó por ceder y comenzó a morderlas, a arrancarles la piel. Salió humo de sus bocas, de sus pecas, de sus vientres aguados. El corazón era una bomba a punto de estallarle. Salió corriendo, y sin saber cómo había llegado hasta allí, se despidió del policía gordo. Caminó al basurero a buscar a algún niño. Intentó acariciar la cabeza de un loco. “Suéltame, roba niños de mierda, de pito pequeño”. Él lo empujó y se alejó. La lluvia siguió cayendo.

El amor, le habían dicho, sabía a chocolate; tal vez al principio le sabría a una mezcla rara de epazote y ajonjolí. Le apestaba la boca. De eso estaba seguro. No quería llegar a casa y encontrarla vacía. Tenía un colchón de agua, una manta blanca y una almohada; al fondo, un helecho colgaba de la ventana. Había olvidado de pronto a qué se

había dedicado tantos años. “Seguro a extirpar tumores. Siempre me ha encantado la suciedad”. Caminó al hospital. Pasó un puente. Abajo las aguas negras se mezclaban con el agua de la lluvia; pequeñas olas de un perfume putrefacto afectaron su humor. Se paró un instante a observar el paisaje: las flores de los árboles se abrían a la orilla del río. Un perro le ladró. “A lo mejor fui un sacerdote come perros”. Buscó una piedra y se la lanzó. Le cayó justo en el ojo. “No cabe duda, qué puntería tengo”.

Llegó a un hospital. Había gente vomitando. En su mayoría eran niños rapados. Sus madres lloraban. Ya no tenían ojos, sólo una gran boca que rezaba “padre nuestro que estás en el cielo”. Lo hacían bajito y despacio. Se acercó a una de ellas y le preguntó por qué lloraba. “¿Por qué? ¿Quiere que se lo muestre?”. Lo tomó de la mano y lo llevó a uno de los cuartos del hospital. Allí adentro estaba una niña. Su piel morena era ya casi transparente. Olía a vómito y a sangre. A José le gustó ese perfume. Tenía mangueritas conectadas a sus dedos. La niña pudo sostenerle una sonrisa. “¿Tú vendrás a cuidarme? Tengo frío, abrázame”. No pudo huir. Se acercó a la niña. “¿Cómo te llamas?”. “Eso no importa. Dime, ¿cuántos años tienes?”. “Cumpliré trece el próximo mes. No voy a morir. Un ángel como tú me cuidará”. “¿Cómo sabes que soy un ángel?”. “Tienes el aliento de Luzbel. Además me gusta cómo hueles. ¿Puedo darte un beso?”. Se besaron. A la niña se le quemó la piel.

José tuvo miedo. Se alejó del lugar. La madre gritaba como loca. Ella salió corriendo a decirles lo que había pasado. José estiró sus piernas y concentró toda su energía en huir del lugar. No sabía dónde esconderse y fue de vuelta al basurero. Los niños y los locos no pudieron decirle nada. Estaban tristes. “Aléjate de aquí, roba almas, aléjate”. Escuchó una voz que se extinguía al fondo. Cuando pudo cruzar aquel umbral de muchedumbre, se encontró con la cabeza degollada del niño loco que había acariciado por la mañana. “Yo no te hice nada, lo juro”. Nadie alzó la voz. Agacharon la cabeza y se fueron a sentar en el lodo. Los siguió. Se sintió tan nefasto. Se escuchaba el ruido de las gotas de la lluvia que caía en los techos de lámina. Lo levantaron y lo llevaron a la puerta del edificio. El policía gordo lo dejó pasar. Las luces estaban apagadas. En un salón oscuro, una anciana de ojos grises bailaba. “Sabía que volverías”, dijo. Se frotó los ojos. Sus zapatos de charol estaban enlodados. Se fijó en los ojos de la anciana; eran grises. Tímidamente se le acercó. No olía a azufre, sino a una mezcla rara de epazote y ajonjolí.

Aves negras

Es el único bocho amarillo sobre carretera. “Jaime, cierra esa ventanilla, que entra el frío”, le grita su madre. Su piel es del color de la tierra y siempre huele a hierba mojada. Todos llevan pantalones cortos. Es un día de excursión familiar. La primera. “Jaime, te he dicho que cierres esa maldita ventanilla”, vuelve a gritar. El camino es largo y la carretera tiene muchos baches. A Jaime le gusta mirar los edificios derruidos y sentir el viento. Su padre conduce con gafas oscuras aunque el cielo esté nublado. Las nubes son espesas. Los dos huelen a resina quemada. Es la primera vez que Jaime puede oler a su padre. Ella le ha prometido regalarle un árbol de flores amarillas. Es su color favorito. Jaime se queda quieto, pensando. Observa por última vez las ruinas que rodean a la ciudad. Allí adentro vive gente. Inhala esa pestilencia. Voltea a mirar a su madre: sus ojos son los de una mujer muy vieja. “¡Pobrecita!”, piensa.

“Despierta, niño, ya hemos llegado. Te dije que habría muchas flores amarillas”. Jaime somnoliento, con frío, intenta ponerse de pie. Sus piernas están entumidas y siente un rasguño en la garganta. Tiene sed. Su visión aún es bastante borrosa. No logra ver ninguna flor; en cambio ve a varias niñas disfrazadas de flores silvestres. Algunas son más pequeñas que él. Es de madrugada. Las niñas duer-

men en el piso sobre cartones de leche. Jaime vuelve a preguntar por su árbol. “Cariño, en esta casa no necesitas árboles”. Se frota los ojos. No hay nadie más. Su madre se ha metido dentro del auto. Le ha quitado las gafas de sol al hombre que condujo toda la tarde. Se besan y se quitan la ropa. El claxon suena varias veces. Se escuchan quejidos. “Ay mi amor, sí mi amor”. Jaime lo mira todo. La mujer con sus pezones descubiertos baja la ventanilla. “Vete a cuidar a tus florecitas, cariño”. El bocho amarillo arranca y comienza a alejarse.

Sí. Pensó que aquello no podía ser una broma. La excursión no era más que una farsa, un vil engaño. Lo había creído todo. ¡Qué imbécil! “Pero siempre ha sido así”, se dijo en medio de aquella oscuridad. El cielo era brumoso. Hacía frío. Intentó cerrar los ojos y dormir en un rincón. Fue difícil. Observó el paisaje: había un segundo piso con un balcón. Distinguió algunas macetas con helechos que colgaban. Él estaba en un corredor largo donde se encontraban varias mesas grandes de madera. La tierra era roja. Contó a las niñas: eran más de diez. Se acercó a una de ellas y se acurrucó junto a su cuerpo. Sintió el viento más agresivo conforme avanzaba la noche. Escuchaba a pájaros cantar. Pronto se convirtieron en graznidos. Abrió los ojos. Estaba rodeado.

Las florecitas silvestres están de pie. Comen chicharos crudos y un vaso de leche. A veces les llevan café. “¿Y

tú cómo te llamas?”. “Jaime, me llamo Jaime”. “Qué bonita voz tienes. Ojalá te quedes con nosotras”, dijo una de ellas. “No seas babosa. Jaime está sano. A él lo han traído para sacarle algún órgano”. “O también ha venido a cogerte”, ríe otra florecita. “Si es así, me debe cien pesos por dormir a mi lado”. “¿Cómo te trajeron? ¿Te drogaron?”. Jaime se siente abrumado. Escucha un sonido agudo atravesándole la cabeza, es una línea negra, como si también pudiera verla. “Mira, Jaime, ahí viene el hombre de las lagañas verdes. Él nos dirá si te quedas con nosotras o te mandan a otra parte”. El niño no entiende nada. Quiere huir, pero su cuerpo tiembla. Tiene miedo y comienza a llorar. Se lanza precipitadamente hacia una de las florecitas y la abraza. Ella le besa su frente.

“Primero deja de llorar. ¿A poco no te gustan tus flores amarillas? Mira lo lindas que son. ¡Vamos a ver! Tu madre me dijo que vivías solo. Alégrate de estar rodeado de estas flores. ¿Cómo dices que te llamas?”. “Me llamo Jaime”. “Apapáchenlo. Esta noche va por cuenta de la casa”.

Al niño le prepararon arroz con leche, té de menta y frijolititos con queso. Comió feliz. Le gustó ver a las niñas vestidas de esa manera. Les preguntó sus nombres. “No tenemos nombre. Somos y ya”. “Mi madre se llama Violeta. Siempre huele a hierba húmeda, al mes de julio. Aunque...”. “Ya no importa”. “Sí, ya no importa”. Era el momento. Las florecitas se quitaron su disfraz. La más

grande tenía los senos gordos. Era la única y la favorita del “Lagañas”. Jaime iba a cumplir once años. Se cubrió la cara con sus manos. Recordó lo que había visto en el bocho amarillo. Sintió un hueco en el estómago. Vomitó. Otra vez el graznido de las aves.

Su madre lo vendió. No sabe lo que harán con él. Ella recibió dinero y ahora es libre, o al menos eso es lo que cree. Ha conseguido un nuevo amante. Ella está muy lejos. Drogada, quizás. Las aves negras graznan frente a la carne fresca. Mueven sus mugrosas alas. Jaime es un niño sano. Tiene los dientes blancos y su piel morena parece brillar. Siente algunas plumas cerca de su cara. Un ave se detiene sobre su pecho, un picoteo. Otra se posa sobre su cara, otro picoteo. Cuatro aves negras sobre él. Le desprenden primero la piel, se la comen. Su sangre es dulce. Lo han vaciado. Le han quitado todo.

Jaime ya no tiene ojos. Las niñas lo sabían. Pudieron besarlos pero eso iba en contra de las reglas de la casa. Tienen que ir a tirarlo al monte que está sobre carretera. Ahí hay muchos árboles de flores amarillas. “Cuando sea grande, quiero tener un nombre”, dice una de las más pequeñas. “Sí, me querida florecilla, pero para eso debes cuidarte de las aves negras que rondan sobre nosotras todas las noches de luna llena”.

Índice

Niebla

7

La mujer de la sonrisa amarilla

12

Lourdes

16

Como una ola de peces muertos

20

Gorgojos

23

Los dientes

27

El niño de los ojos cráter

32

Mariposas

36

Los ojos negros

40

La muñeca más fea

44

El rehilete

48

El hambre

52

Alas de fuego

56

Los niños de la otra ciudad

61

Manuelito

66

La vaca Chona

70

El cuarto de los focos rojos

74

Asilo de ancianas

78

Aves negras

82

Si algo sorprende y perturba en un primer libro, compuesto además por una jovencísima escritora, es la falta de ingenuidad. En *Desquicios*, Perla Muñoz rechaza todo efecto retórico, condensa el relato, se compromete a no girar la cabeza hacia otro lado. Entre baba, vísceras, trozos de lengua, existencias atravesadas por la rabia o el abandono, estos relatos brutales, negros como los grabados de Goya, nos arrojan a una pesadilla reincidente: el canibalismo social de un lugar (un país, quizá) (todavía) llamado México. Pocas cosas parecen salvables en un lugar así. La escritura de Perla Muñoz, que confronta esa violencia desde la escritura sin tranquilizarnos, es una de ellas.

Vivian Abenshushan